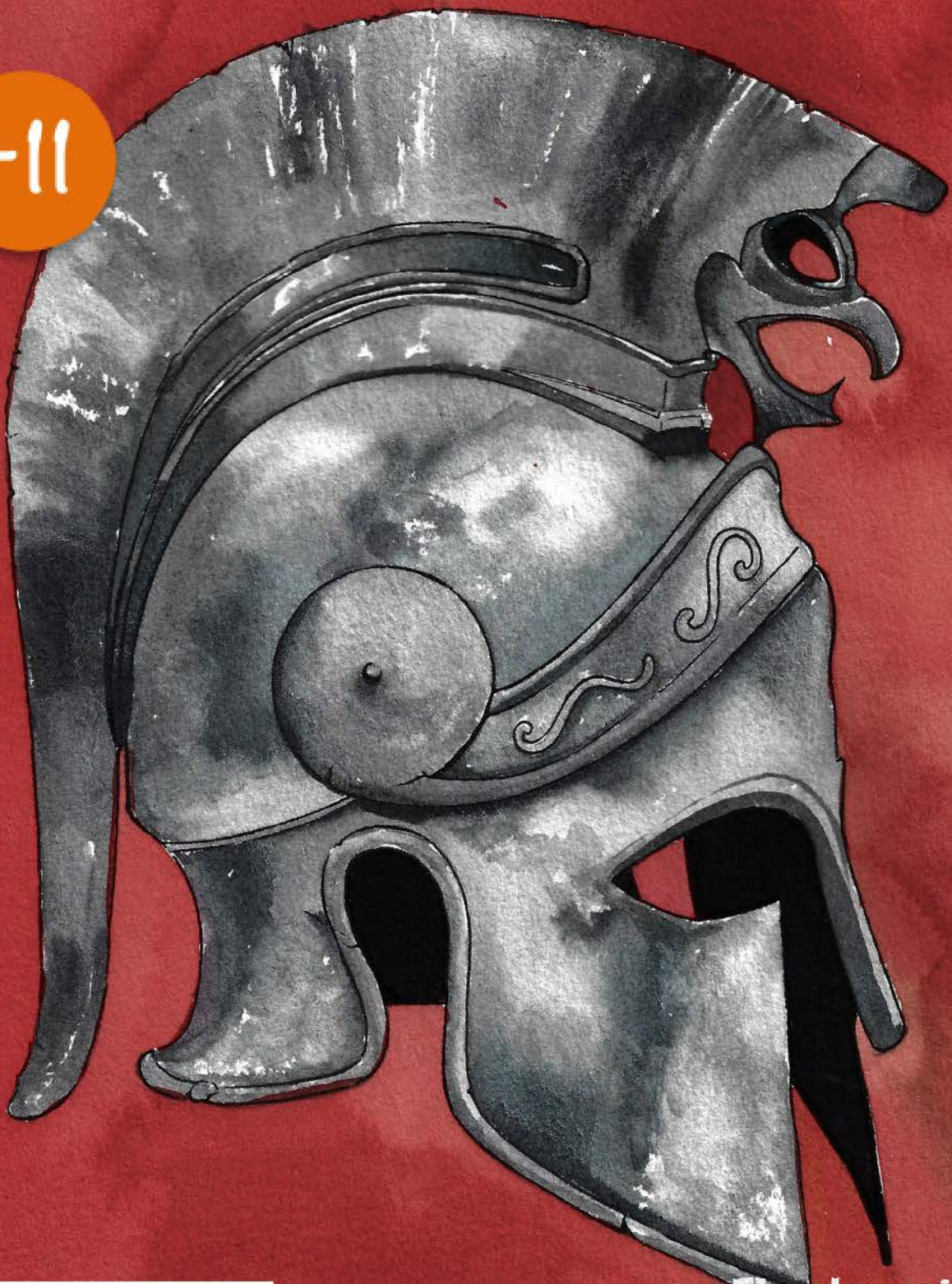


LA ODISSEA

Alicia García Herrera, Paula Vidal Verdú y
Victoriana Prado Contreras

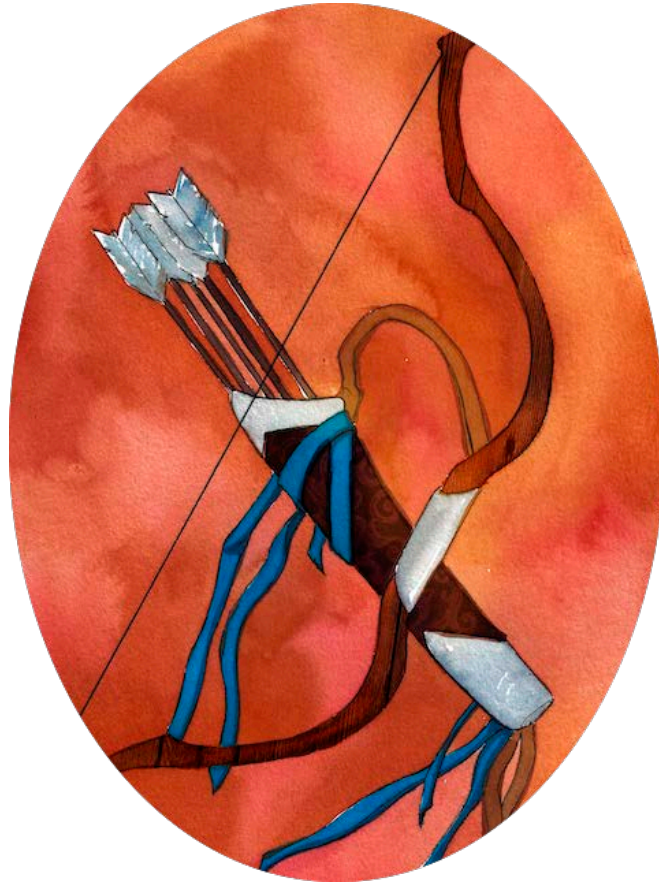
+11



Libro 5. Mitología para todas las edades

WEEBLEBOOKS

Ilustraciones
Cristina Vaquero



WEEBLEBOOKS

© 2020

Autora: Alicia García-Herrera, Paula Vidal
y Victoriana Prado

Ilustraciones: Cristina Vaquero

Corrección de texto: Esther Magar

<http://www.weeblebooks.com>

info@weeblebooks.com

Madrid, España, febrero 2020

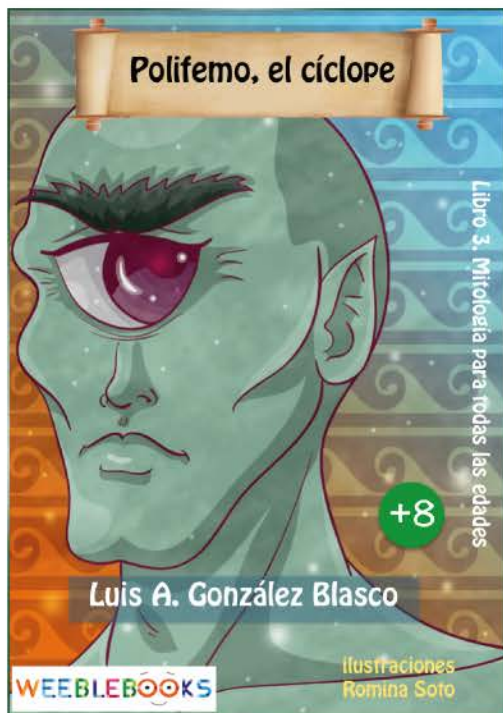


Licencia: Creative Commons Reconocimiento-
NoComercial-CompartirIgual 3.0

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/>

Mitología para todas las edades

Descarga toda la colección ¡GRATIS!



WEEBLEBOOKS

www.weeblebooks.com

PRÓLOGO

La Odisea, que cuenta el retorno de Ulises a Ítaca tras la guerra de Troya, es uno de los grandes relatos de la literatura universal. Se considera por tanto una obra de lectura imprescindible, un clásico.

Mark Twain, a quien todos conocemos por *Las aventuras de Tom Sawyer*, advirtió con su peculiar sentido del humor que «un clásico es algo que todo el mundo querría haber leído y nadie quiere leer».

Leer a los clásicos no es fácil, desde luego. Hace falta un profundo cambio de perspectiva y un cierto esfuerzo intelectual. La revolución digital y los cambios en los hábitos de lectura resultantes de ella, han hecho aún más profundo el distanciamiento de los lectores de la obra de Homero. *La Odisea* se considera con arreglo a los parámetros actuales una obra compleja para el lector medio y, además, políticamente incorrecta en algunos aspectos si se tienen en cuenta los valores vigentes. El hecho de que las Humanidades se hayan relegado de los planes de estudio tampoco hace más fácil su difusión entre los más jóvenes.

Es un gran error apartar a los clásicos de nuestras estanterías. Su lectura no solo es placentera sino que estimula nuestra sabiduría y sensibilidad. En las obras clásicas encontramos, además, respuestas a problemas universales que nos inquietan por nuestra propia naturaleza (felicidad, destino, adversidad, amor, etc). Por eso hay que leer buena literatura y no tan solo libros de entretenimiento. De ahí que Twain, además de bromear sobre las dificultades de leer a los clásicos, también advirtiera que «el hombre que no lee buenos libros no tiene ninguna ventaja sobre el hombre que no los puede leer». Los clásicos, sin duda, son buenos libros. Si han pervivido durante cientos o miles de años es porque tienen algo que decirnos.

Vemos por tanto que acercar las grandes obras literarias y la cultura humanística a las nuevas generaciones sigue resultando muy necesario, a pesar de que las condiciones de vida de nuestra sociedad son muy diferentes a las del contexto histórico en que surgen ¡por eso han de ser leídos sin prejuicios!. Ese es el cometido que nos hemos propuesto en colaboración con el proyecto educativo

Weeble Books, rescatarlos para nuestros niños. Para ello hemos contado con la ayuda de Adela Olmos de León, que ha revisado el texto desde una perspectiva pedagógica, y de Paula Vidal y Victoriana Prado, profesoras de griego y alumnas del Dr. D. Antonio Melero Bellido. A él agradecemos especialmente la sugerencia acerca de esta adaptación.

D. Antonio Melero ha sido durante largos años catedrático de griego en la Universidad de Valencia y, como tal, un gran divulgador de la cultura clásica, como avalan sus numerosos trabajos académicos. Esa pasión por la Antigüedad se ha extendido también a su vida privada. Una primera consecuencia ha sido insuflar en su pequeña nieta, Amaya, la curiosidad por *La Odisea* y por las aventuras de Ulises, como él, preferimos el nombre romanizado, no el de Odiseo. Demuestra así D. Antonio, con su propio ejemplo personal, que es posible el acercamiento de esta obra a los más pequeños. Como D. Antonio ha manifestado en alguna ocasión, *La Odisea* es divertida aunque, apostilla, no demasiado fácil de contar. Ha sido un reto enorme llevar a cabo una adaptación que combine rigor, diversión y que, a pesar de la sencillez en cuanto a lenguaje o recursos estilísticos, tenga además cierto valor literario. El objetivo merece el esfuerzo. Es nuestro deseo que otros niños disfruten del mismo modo que Amaya con las andanzas de Ulises en su deseo de regresar a Ítaca.

Necesitamos comprender que Ulises no es un héroe convencional, a diferencia de Héctor o Aquiles. No destaca por la fuerza de su brazo sino por su ingenio, su inventiva y su capacidad de mentir si le conviene. Es, por lo tanto, el más humano de los héroes y, como tal, lleno de contradicciones y de defectos, pero al mismo tiempo querido por sus hombres, que reconocen en él virtudes como la solidaridad y valores en alza en nuestros días, como el liderazgo y la resiliencia. Ulises es capaz también de mostrar su cara más sensible y de llorar, como sucede en el reencuentro con sus seres queridos; también de reconocer sus límites, al rechazar el don de la inmortalidad que le ofrece la ninfa Calipso por considerarse falto de méritos. Por estas razones hemos de conocerle, aprender de él, de su capacidad de adaptación, de su lucha contra la adversidad, de la

honestidad consigo mismo y, sobre todo, de su firmeza en cuanto a su propósito, regresar a Ítaca.

Esperamos sinceramente que los lectores de Weeble acepten esta invitación y logren acercarse al mundo clásico de nuestra mano. Tal vez así comprendan el verdadero significado de Ítaca. Ítaca no es tan solo un lugar sino ante todo un deseo, el de recuperar los lugares que amamos durante nuestra infancia y juventud. Pero quizás también Ítaca puedan ser las tardes de aventuras compartidas o la simple voluntad de encapsular un instante lleno de belleza y legarlo a otros a través de la palabra.

Alicia García-Herrera,

Directora y coordinadora de la colección de Mitología WeebleBooks

LA ODISEA

En la Antigüedad, cuando los dioses aún caminaban por la tierra, existió un hombre llamado Ulises. Ulises era hijo de Laertes y Anticlea, los reyes de Ítaca, una tierra áspera y boscosa junto al mar Jónico. Era muy joven aún cuando estalló la guerra entre griegos y troyanos. Por esa razón hubo de abandonar su hacienda y también a su bella esposa, de nombre Penélope, y su pequeño hijo, llamado Telémaco. En la guerra contra los troyanos Ulises destacó más por su astucia que por su brazo y prestó grandes servicios. Fue justamente un ardid ideado por él, construir un caballo de madera con varios guerreros dentro, el que dio la victoria a los griegos sobre la orgullosa Troya. Fue un plan perfecto. El caballo de madera, gigante, resultaba muy llamativo. Como creían que el enemigo ya se había retirado, los troyanos llevaron el caballo a la ciudad como botín, sin sospechar lo que había en su interior. Cuando todos dormían, los guerreros ocultos salieron con sigilo y abrieron las puertas de la ciudad, por las que entraron las tropas para doblegar por fin a Troya, contra la que llevaban luchando largos años.

Aclamado por su ingenio y considerado como un héroe a pesar de ser un hombre común, Ulises embarcó a sus hombres en doce naves ligeras y se dispuso a regresar a su patria, a la que echaba de menos. No sabía entonces que el regreso sería casi tan largo como el tiempo pasado en la guerra y lleno de peligros y circunstancias muy adversas, pues a causa de su conducta logró enfadar a dioses realmente poderosos.

LAS AVENTURAS DE ULISES

EL PAÍS DE LOS CICONES Y EL PAÍS DE LOS LOTÓFAGOS

La primera de las aventuras de Ulises y sus hombres durante su regreso a Ítaca tuvo lugar en la Tracia.

Sucedió que al poco de hacerse a la mar desde las costas de Troya, el viento desvió las naves donde viajaban los itaquenses al país de los cicones. Como Ulises y los suyos eran hombres de guerra, decidieron atacar por sorpresa la capital del reino, Ísmaro. Allí mataron a muchos y lograron hacerse con un buen botín. Cuando hubieron repartido las riquezas y víveres atesorados tras el ataque, Ulises se dirigió a sus compañeros y les instó a abandonar aquellas tierras.

– Es peligroso quedarse aquí por más tiempo. –Temía que los cicones pudieran vengarse– Vayámonos ya. Ítaca nos espera.

Los hombres no quisieron escuchar a Ulises, a pesar de que lo amaban y respetaban, y para celebrar su victoria, degollaron muchas ovejas y comenzaron a beber vino.

Fue una gran imprudencia, pues mientras estuvieron así, comiendo y bebiendo, los cicones llamaron a otros de los suyos que vivían en el interior del país y eran expertos en luchar a caballo y a pie.

Por la mañana vinieron tantos que era imposible contarlos. Se pusieron en formación frente a las naves y entablaron una feroz lucha con sus lanzas de bronce.

Mientras fue de día y el sol alumbraba, los hombres de Ulises contuvieron su furioso ataque pero, al atardecer, ya no pudieron resistir más. Cayeron seis valientes hombres de cada embarcación y, los demás, a duras penas lograron salvarse de una muerte segura.

Las naves se hicieron a la mar pero el padre de los dioses Zeus, molesto, levantó contra los barcos una gran tempestad, que los desvió de la ruta hacia su hogar.

Durante nueve días los vientos soplaron con fuerza. Los barcos se movían a merced de las olas. Los hombres remaban sin descanso, pese a que comenzaban a agotarse.

Ya al décimo día arribaron a la tierra de los lotófagos, gentes que se alimentan de la flor de loto. Los hombres de Ulises bajaron a tierra, cogieron agua y comenzaron a comer y beber.

Ulises escogió dos compañeros y un heraldo para aproximarse un poco más a aquellos hombres tan peculiares. Pronto se encontraron con ellos y les dieron del fruto, dulce como la miel. Entonces sucedió que ya no se acordaban de su patria ni deseaban volver, tal era el efecto que les producía el haber comido la flor. Aunque no querían regresar y lloraban, Ulises los condujo a la fuerza a las naves, los ató debajo de los bancos de remos y mandó a otros compañeros que comenzasen a remar.

LA TIERRA DE LOS CÍCLOPES

Unos días después, Ulises y sus hombres avistaron tierra. Frente al puerto, ni muy cerca ni muy lejos, había una pequeña isleta poblada de bosque. Los viajeros atracaron allí las naves y durmieron en la playa. En aquel lugar había muchas cabras, así que, después del amanecer, cazaron algunas. Los hombres desollaron los animales y pasaron el resto del tiempo comiendo y bebiendo.

Al día siguiente Ulises reunió a los hombres.

– Quedaos aquí, mis fieles amigos – dijo a unos cuantos– Mientras, yo voy con mi nave y los demás a explorar la tierra que hay frente a esta isleta y a averiguar qué clase de criaturas viven aquí.

Después subió a la nave y ordenó a los compañeros que comenzaran a remar. Cuando llegaron a la costa, vieron en un extremo una cueva, alta y grande, rodeada de laureles y de enormes pinos y encinas. Allí vivía un varón gigantesco, solitario, que apacentaba sus rebaños y no trataba con nadie. Era un monstruo horrible.

Ulises escogió a los doce mejores de sus hombres para que lo acompañaran, no sin antes cargar con un gran odre de piel de cabra lleno de vino negro y dulce y meter comida en un zurrón.

Pronto llegaron a la cueva. Les sorprendió encontrar allí numerosas bandejas de mimbre repletas de quesos, establos llenos de corderos y cabritos y jarras rebosantes de leche. Los hombres querían coger algunos quesos y cabritos y volver a la nave pero Ulises deseaba ver al dueño de todo aquello y pedirle hospitalidad.

Así pues, encendieron el fuego, ofrecieron un sacrificio a los dioses, comieron algunos quesos y se sentaron a esperarlo. Pronto llegó el cíclope con su ganado y una gran carga de leña seca que descargó con gran estruendo. Tenía un aspecto terrible. Era de gran envergadura, muy alto y corpulento, y portaba un solo ojo en la frente. Llenos de temor, los hombres se



escondieron en el fondo de la cueva.

El gigante metió todo el ganado en la cueva. Luego tapó la entrada con una piedra enorme y pesada y empezó a ordeñar las ovejas y las cabras. A cada una le iba poniendo su hijito. Cuando acabó sus tareas, encendió el fuego. El resplandor de la luz hizo que pudiera por fin descubrir a los hombres.

– ¡Forasteros! ¿Quiénes sois? –rugió–. ¿De dónde venís? ¿Viajáis por algún negocio o sois piratas?

Ulises se adelantó y habló al gigante en nombre de todos.

–Somos griegos que vagamos errantes por el mar e impulsados sin rumbo por los vientos desde que salimos de Troya. Somos guerreros de Agamenón, cuya fama es inmensa. Ahora te pedimos hospitalidad. Te ruego que respetes a los dioses, pues ellos protegen a los huéspedes y vengan sus ofensas.

–¡Forastero! –contestó el cíclope– Eres un necio o vienes de muy lejos si piensas que temo a los dioses, pues los cíclopes somos mucho más poderosos que ellos. Pero dime, ¿dónde dejaste tu nave?

Ulises comprendió que le estaba poniendo a prueba y respondió con un engaño.

–Mi nave la estrelló Poseidón, el que sacude la tierra, contra las rocas de tu costa.

El cíclope no contestó. Un instante después dio un salto, agarró a dos de los hombres y se los comió. Ulises quiso sacar la espada y herirle en el pecho, pero no lo hizo porque pensó que, si no apartaban la piedra de la entrada, morirían de todos modos.

Al día siguiente, el cíclope encendió el fuego, ordeñó a sus reses y se comió a otros dos hombres. Después sacó sus rebaños al monte y volvió a colocar la gran piedra en la entrada. Mientras tanto Ulises meditaba cómo salir de allí. Tendido en el suelo había un gran tronco de olivo verde, tan grande como el mástil de una nave de veinte remeros. Al verlo ideó un plan. Para llevarlo a cabo cortó una estaca, la pulió, la pasó por el fuego y la escondió

entre el estiércol. Su intención era clavarla en el ojo del cíclope cuando se durmiera. Con este propósito eligió a cuatro hombres.

Por la tarde volvió el cíclope con el rebaño y volvió a tapar la cueva. Hizo sus tareas, agarró a otros dos compañeros y se los comió. Entonces Ulises se acercó al cíclope y le ofreció el odre que llevaba.

–Toma y bebe de este vino, cíclope, te lo traía como regalo.

El cíclope tomó el vino y se lo bebió. Eso le complació mucho.

–Dame más vino –pidió–, y dime tu nombre para que pueda ofrecerte un regalo de hospitalidad.

Tres veces le volvió a servir Ulises el dulce vino y tres veces lo apuró. Entonces se dirigió a él con suaves palabras.

–Preguntas, cíclope, cuál es mi nombre. Mi nombre es Nadie. Nadie me llaman mi padre, mi madre y mis compañeros. Y no te olvides de mi regalo.

Una sonrisa cruel asomó al rostro del cíclope.

–A Nadie me lo comeré el último, y éste es mi regalo –contestó.

Luego cayó de espaldas, con la cabeza hacia un lado, completamente borracho. Aun estando dormido eructaba y echaba por su enorme boca trozos de carne con vino. Era una imagen terrible.

Entonces Ulises puso la estaca en el fuego y, cuando ya estaba a punto de arder, la cogió y, con la ayuda de los compañeros, se la clavó en el único ojo que tenía y la hicieron girar hasta que se le quemó totalmente. Lanzó el cíclope un terrible alarido que retumbó en toda la cueva y se sacó la estaca completamente manchada de sangre. Fuera de sí, daba gritos llamando a los otros cíclopes. Al oírlo, acudieron muchos a la entrada de la cueva.

–¡Polifemo!– Ese era el nombre del cíclope– ¿Por qué gritas de ese modo? – preguntaban –. ¿Acaso alguien te está matando?



–¡Amigos! ¡Nadie me está matando!– Polifemo gritaba con desesperación desde el fondo de la cueva.

–Pues si «nadie» te mata es que estás enfermo, por lo que ruega a nuestro padre Poseidón que te ayude –. Acto seguido los cíclopes se marcharon.

Polifemo, desesperado, gemía por los grandes dolores, y andaba a tientas por la cueva, palpando con las manos la tierra para buscar a los hombres y acabar con ellos. Finalmente hubo de sacar a las reses, por lo que quitó la gran piedra que taponaba la entrada. Allí se sentó con toda su envergadura y aguardó con los brazos estirados, para que ninguno de los intrusos escapara con el rebaño.

Había en el rebaño unos carneros enormes, fuertes, velludos. Ulises pensó que podían convenirles para escapar de allí y los ató de tres en tres con mimbres de la cama del cruel cíclope. Luego se dirigió a sus hombres.

– Cada uno de vosotros subirá en el del centro.

Éste llevaba un hombre colgado y los otros carneros iban cada uno a un lado para protegerlo. Había un carnero más grande que los demás. Ulises lo cogió y lo agarró con ambas manos de la abundantísima lana de su vientre. Así aguardaron el amanecer.

Cuando se hizo de día, el rebaño salió presuroso. Polifemo, el cíclope, palpó el lomo de todas sus reses sin darse cuenta de que los hombres estaban atados al vientre de sus animales. Una vez los hombres estuvieron lejos de la cueva, se soltaron y liberaron a los demás. Después tomaron algunas reses y regresaron a las naves.

Cuando supieron de la muerte de sus compañeros, los que habían permanecido en la nave estallaron en llanto pero Ulises les hizo una señal con la ceja y les prohibió llorar.

Cuando ya estaban en la mar, lejos de la costa, Ulises gritó al cíclope Polifemo.

–¡Cíclope! No debiste comerte a tus huéspedes dentro de tu casa. Zeus y las demás divinidades se han vengado.

Él, enfureciéndose más, cogió la cima de una alta montaña y la lanzó al agua. Por fortuna no alcanzó a las naves, pero el mar se alzó y las olas las empujaron hacia la costa, donde permanecía el monstruo.

–¡Remad! ¡Remad con todas vuestras fuerzas! – Ulises exhortaba a los hombres con auténtica desesperación.

Una vez regresaron al mar Ulises habló de nuevo al cíclope.

–¡Cíclope! Si alguno de los mortales te pregunta quién te causó tan horrible ceguera, dile que fue Ulises, el destructor de ciudades, hijo de Laertes, y que en Ítaca tiene su casa.

–¡Dioses! –respondió Polifemo. Estaba realmente afligido–. Se han cumplido los antiguos presagios. Hace tiempo hubo aquí un adivino excelente, Télemo Eurímida, que me predijo lo que ha sucedido, que sería cegado por la mano de Ulises. Yo pensaba que vendría un hombre de gran estatura y gran fuerza y no un hombre pequeño y malvado que me engañó con el vino. Vuelve aquí, Ulises, para que yo te ofrezca los dones de la hospitalidad y exhorte a mi padre, el que agita la tierra, a que te conduzca a tu patria.

–¡Ojalá pudiera quitarte el alma y enviarla al Hades!– Ulises estaba preso de la ira.

El cíclope alzó las manos y rogó a su padre.

–¡Escucha Poseidón! Si en verdad eres mi padre concédeme que Ulises no vuelva nunca a su casa y si vuelve que sea tarde, con grandes penalidades, que haya perdido a todos sus hombres, que vuelva con nave extranjera, y que se encuentre con nuevos males en su palacio.

Al momento tomó el cíclope un gran peñasco y lo arrojó contra la nave de Ulises, pero no logró acertarle.

Con gran trabajo llegó Ulises a la isla donde aguardaban los restantes navíos. Los hombres se afligieron mucho al saber lo sucedido. Después de hacer el reparto de las reses de Polifemo, Ulises tomó el mejor de los carneros e hizo un sacrificio a Zeus pero el dios lo rechazó, porque ya estaba tramando de qué manera podrían perderse todos los barcos y los hombres de Ulises.

LA ISLA DE EOLO

Espantados por la crueldad de Polifemo, los hombres de Ulises remaron con fuerza y sin descanso para alejarse de aquellas tierras malditas. Días después apareció ante sus ojos una hermosa isla que movían las olas. Se trataba de Eolia, una isla flotante que cambia de lugar y que nadie puede localizar. Allí vivía el astuto Eolo, señor de los vientos con su esposa y sus seis hijas y otros tantos hijos, rodeado de riquezas y manjares.

Ulises y sus hombres se hospedaron en el palacio de Eolo durante un mes. Agradecido, Ulises le contó cuanto quiso saber sobre la aventura en Troya, sobre las naves de los griegos y sobre su accidentado regreso. Luego le pidió que le ayudara a volver a su casa.

Eolo se mostró dispuesto a ayudarlo. Con la piel de un gran buey fabricó un odre, encerró en su interior los vientos feroces y lo ató con un hilo de plata para que ninguno pudiera escapar. Solo dejó libre al Céfito, el viento favorable. Ulises, esperanzado, se hizo a la mar rumbo a Ítaca. Esta vez lograría llegar, no tenía ninguna duda.

Los barcos navegaron sin descanso durante nueve días. Al décimo día ya pudo distinguirse la costa de Ítaca, sus bosques, el humo de sus chimeneas. El corazón de Ulises se llenó de emoción. Llegaba por fin el regreso y el descanso.

Ulises miró a sus hombres. Parecían algo inquietos, pero supuso que era por causa de la emoción del regreso. Agotado y vencido por el cansancio, se quedó dormido.

Fue una imprudencia. Si los hombres estaban inquietos no era por la ilusión de ver por fin a sus hijos, esposas, padres, madres y haciendas sino por la curiosidad que les suscitaba el odre que Eolo había entregado a Ulises.

—Seguro que ese odre, que nuestro señor guarda con tanto celo está lleno de oro, plata y múltiples riquezas, pues Eolo es un rey poderoso —observó uno de los hombres—. Vamos, abrámoslo enseguida no sea que, después de luchar en Troya y sufrir tantas



desgracias, nos quedemos sin nada. Debemos apresurarnos.

Los demás asintieron y, aprovechando el sueño de Ulises, desataron el odre. Los vientos, liberados al fin, rugieron con furia. Las naves quedaron a su merced. Eran arrastradas sin piedad y estaban fuera de control. La noble madera crujía y saltaban astillas que los vientos de inmediato esparcían por el océano. El timón giraba sin rumbo, sin nadie que lo pudiera gobernar.

Corrían los hombres por la nave gimiendo y maldiciendo su mala decisión, pero ya era demasiado tarde. Ítaca se perdió en la lejanía. Desaparecieron montañas y bosques y también el humo amable del hogar. Apenado y abatido, Ulises se envolvió en su manto.

Los vientos llevaron de nuevo las naves a la isla de Eolo. Allí, los hombres desembarcaron entre sollozos. Después de comer y beber, Ulises escogió a uno de los mejores y más fieles marineros y a un heraldo, y se encaminó de nuevo al palacio.

En esos momentos Eolo disfrutaba de un apetitoso banquete junto a su esposa y sus numerosos hijos. Al ver a Ulises se dirigió a él con asombro.

—¿Por qué has vuelto, Ulises? —le increpó—. ¿Acaso te ha atacado un dios? Te dimos todo lo necesario para volver a tu patria y a tu hogar ¿Qué ha ocurrido?

—Me traicionaron mis hombres y el profundo sueño —explicó—. Dejaron escapar los feroces vientos. Ahora te pido auxilio de nuevo, pues solo de tu mano podemos alcanzar el remedio a nuestra desventura.

—Vete enseguida de mi isla, infeliz — respondió Eolo enfurecido—. Ahora comprendo que nunca debí ayudar a un hombre al que aborrecen los dioses. Sal y aléjate, pues en verdad eres un hombre maldito.

Ulises salió de la casa de Eolo muy abatido. Ordenó embarcar a los hombres y echar las naves al mar, pero ya navegaban sin ánimo, porque por su ambición y su locura habían perdido el rumbo y el favor de los vientos.

EL PAÍS DE LOS LESTRIGONES

Ulises y sus hombres estuvieron navegando durante seis días y al séptimo divisaron el alto castillo de Telépilo de Lamos, la ilustre ciudad de la Lestrigonia.

Llegaron a un magnífico puerto, que estaba rodeado por escarpadas rocas. Dos promontorios, uno frente a otro, formaban un estrecho paso. Allí dejaron los hombres las naves y las ataron bien juntas entre sí.

Aunque el mar estaba en calma, Ulises amarró su nave fuera del puerto, a una roca y después subió a una atalaya para ver mejor todo lo que le rodeaba. No vio ni gentes ni animales, solo humo que salía de la tierra. Entonces envió dos hombres junto con un heraldo para que averiguaran quiénes vivían allí.

Los hombres fueron por un camino llano, por donde pasaban las carretas que transportaban la leña. Poco antes de llegar a la ciudad, se encontraron con una joven que había ido a por agua.

–¿Quién es el rey de estas tierras, muchacha, y quiénes habitan aquí? –preguntaron.

–Mi padre, Antífates, rey de los lestrigones –respondió la joven.

Luego les mostró la magnífica mansión de su padre.

Los enviados de Ulises entraron en el palacio y encontraron allí a la esposa del rey, que era tan alta como la cima de una montaña. El miedo se apoderó de ellos. La mujer llamó a su esposo y éste, cuando llegó, agarró a uno de los hombres y se lo comió de almuerzo. Por fortuna los otros dos lograron escapar y corrieron a las naves.

El rey empezó a gritar por toda la ciudad y, al oírlo, de todas partes acudieron innumerables y fieros lestrigones, que no parecían hombres sino gigantes. Desde las escarpadas rocas, lanzaban enormes pedruscos que caían sobre las embarcaciones.

Un horroroso estruendo salía de las naves a causa de los gritos de los que morían y por el estallido de los barcos. Luego, los lestrigones ensartaron a los hombres como si fueran peces y se los llevaron como banquete. Mientras los mataban, Ulises sacó una espada y cortó las amarras de su barco.

—¡Remad, malditos, remad! — Las venas de su cuello estaban dilatadas por los gritos.

Los hombres remaron con todas sus fuerzas para alejarse de ese peligro. Con espanto pudieron comprobar que todas las naves se habían perdido, excepto la de Ulises.

LA ISLA DE CIRCE

La siguiente aventura de Ulises tuvo lugar en la isla de Eea.

La isla tenía un puerto espacioso. Cansado de navegar y afligido por lo sucedido en Lestrigonia, Ulises atracó allí su nave y bajó a tierra. Los hombres descansaron dos días en la playa. Al amanecer del tercero, Ulises decidió averiguar si en aquella isla habitaban seres civilizados. Ordenó a sus compañeros las tareas que debían hacer. Luego cogió su lanza y su espada y subió a un lugar alto desde donde podría divisar campos labrados o escuchar voces humanas.

Ulises descubrió una columna de humo que se elevaba entre las encinas. Durante un rato pensó si debía explorar el lugar por sí mismo. Finalmente decidió que debía regresar junto a sus hombres y, después de comer, enviarles para que fueran allí.

Cuando ya estaba cerca del barco, vio frente a él un enorme ciervo de hermosos cuernos. Había bajado del bosque buscando agua para calmar su sed, pues el sol apretaba. Al verlo, Ulises disparó y le clavó su lanza entre el espinazo. Cayó el animal y, por el gran tamaño de su cuerpo, produjo un gran estruendo que hizo estremecer la tierra. El itaquense se acercó a él lleno de júbilo y apoyó el pie encima para poder extraer la lanza que había atravesado el costado.

Luego recogió ramas y mimbres para trenzar una cuerda, ató con ella sus patas y, aunque pesaba mucho, cargó el animal a su espalda y lo llevó a la nave.

—Amigos —dijo lanzando el ciervo a los pies de los hombres—. Aún no ha llegado la hora de viajar al oscuro Hades. Apartad los mantos de vuestras cabezas y saciad el hambre y la sed.

Todos admiraron el ciervo, pues era un magnífico ejemplar. Después se lavaron las manos y comenzaron a preparar el banquete. Comieron carne y bebieron dulce vino hasta que las sombras cubrieron la playa. Entonces se quedaron dormidos, mientras oían el romper de las olas.

Al amanecer, Ulises convocó a los hombres.

–Compañeros –les dijo–, estamos perdidos en esta isla. Aquí no distinguimos el norte del sur. No he conseguido descubrir la manera de escapar, pero desde la atalaya he visto que es una isla de pequeño tamaño y poco escarpada. He contemplado, además, una columna de negro humo alzarse entre el encinar.

Inmediatamente cundió el pánico en el campamento y el terror se dibujó en el rostro de los hombres. Lloraban y gemían, pues recordaban a los brutales lestrigones y al fiero cíclope, pero de nada les sirvió su llanto. Ulises decidió dividir a los compañeros en dos grupos. Al mando de uno puso al fiel Euríloco y él mismo se puso al frente del otro. Echaron en un casco de bronce la suerte de ambos y le correspondió a Euríloco partir a investigar acompañado de veintidós hombres.

Siguiendo las indicaciones de Ulises, encontraron pronto las casas de piedra de donde partía el humo. En los alrededores deambulaban todo tipo de animales, especialmente leones y lobos. Palidecieron los hombres al verlos, pero en vez de atacar, los animales se acercaban a ellos moviendo la cola en actitud festiva, como perros que esperan su recompensa. Asustados aún ante la visión de las fieras, los hombres se refugiaron en el umbral de la casa. Desde allí, podía escucharse la dulce voz de una mujer que cantaba hermosas canciones mientras tejía. No era otra que la maga Circe.

Entonces, tomó la palabra Polites, el capitán más fiel.

–Amigos, ahí dentro hay alguien que canta con voz melodiosa y teje. Sea diosa o mujer, llamémosla.

Los otros llamaron gritando. La diosa les escuchó y abrió las puertas. Al punto entraron todos sin pensar en lo que hacían. Solo el sensato Euríloco sospechó que podía tratarse de un engaño y decidió quedarse fuera.

Circe ofreció a los hombres que entraron en su casa queso, miel y otros manjares y vino. Luego les dio un dulce licor que bebieron de un sorbo. Los hombres lo tomaron confiados pero, al instante, ella los golpeó con una vara. Justo después comenzaron a

salirles pelos, cabeza y voz de cerdo y, poco a poco, su cuerpo también se fue transformando, aunque mantenían sus mentes humanas. Mientras lloraban, Circe los iba alimentando de bellotas y bayas.

El fiel Euríloco regresó junto a la negra nave para contar la desventura, pero el llanto y los suspiros le impedían hablar. Cuando se hubo calmado, empezó su relato. Al saber lo sucedido, Ulises se echó al hombro el arco, cogió la espada y ordenó a Euríloco que le guiara hasta allí, pero él suplicó a Ulises que no le obligara a volver a ese lugar.

–Volvamos, astuto Ulises, a nuestra nave y huyamos con los hombres que nos quedan, pues temo que si vas no has de regresar tú ni tampoco ellos. Circe es una hechicera de gran poder, no podrás derrotarla.

–Quédate y come y bebe junto a la nave –le respondió Ulises–. Pero yo iré a rescatar a nuestros compañeros.

Sin esperar más empezó la marcha desde la nave. Cuando ya se había adentrado en el valle y se acercaba a la morada de la maga, apareció ante él el dios Hermes.

–¿Cómo te adentras tú solo en tierras desconocidas a través de estos campos? Tus compañeros están encerrados en las pocilgas convertidos en cerdos por la mano de Circe ¿Vas a sacarlos? Ni tú ni ellos volveréis. Te contaré cómo actúa ella. Primero colocará un brebaje en tu comida para que sigas el mismo camino que tus hombres, pero en ti no hará efecto, pues te daré una raíz negra para que te ayude. Cuando esto ocurra, cogerás tu cuchillo, saltarás sobre ella y la amenazarás de muerte. Ella se asustará y te pedirá que la acompañes al lecho. Acepta, porque, si no lo haces, jamás recuperarás a tus hombres. Que te jure también que no intentará hacerte ningún daño ni aplicar contigo treta alguna.

Dicho esto arrancó el juvenil Hermes el moly, una planta de raíz negra y flor blanca que posee poderes mágicos. Ulises la comió y continuó su camino hacia el palacio de Circe.



Cuando llegó a las puertas, llamó a la diosa que le invitó a entrar a su morada.

–Puedes sentarte ahí –Circe le mostró un sillón adornado con clavos de plata.

Luego le ofreció una copa de oro, donde había mezclado con vino el brebaje para hechizarlo. Ulises bebió. Complacida, la maga tomó su vara y golpeó a Ulises.

–Ahora ve a la pocilga a reunirte con tus compañeros.

Nada sucedió, porque el moly lo había protegido de su cruel hechizo. Ulises recordó las palabras de Hermes. Por eso saltó con rapidez sobre la maga y apoyó el cuchillo en su garganta.

–¿Quién eres, forastero? ¿De qué tierra vienes? ¿Quiénes son tus padres? ¿Por qué el brebaje no te ha hechizado? – preguntaba Circe, asustada –. ¿Eres acaso el astuto Ulises, el que Hermes predijo que vendría? Si es así, acompáñame a mi lecho, descansemos juntos y confiemos el uno en el otro.

Ulises apretó aún más el cuchillo.

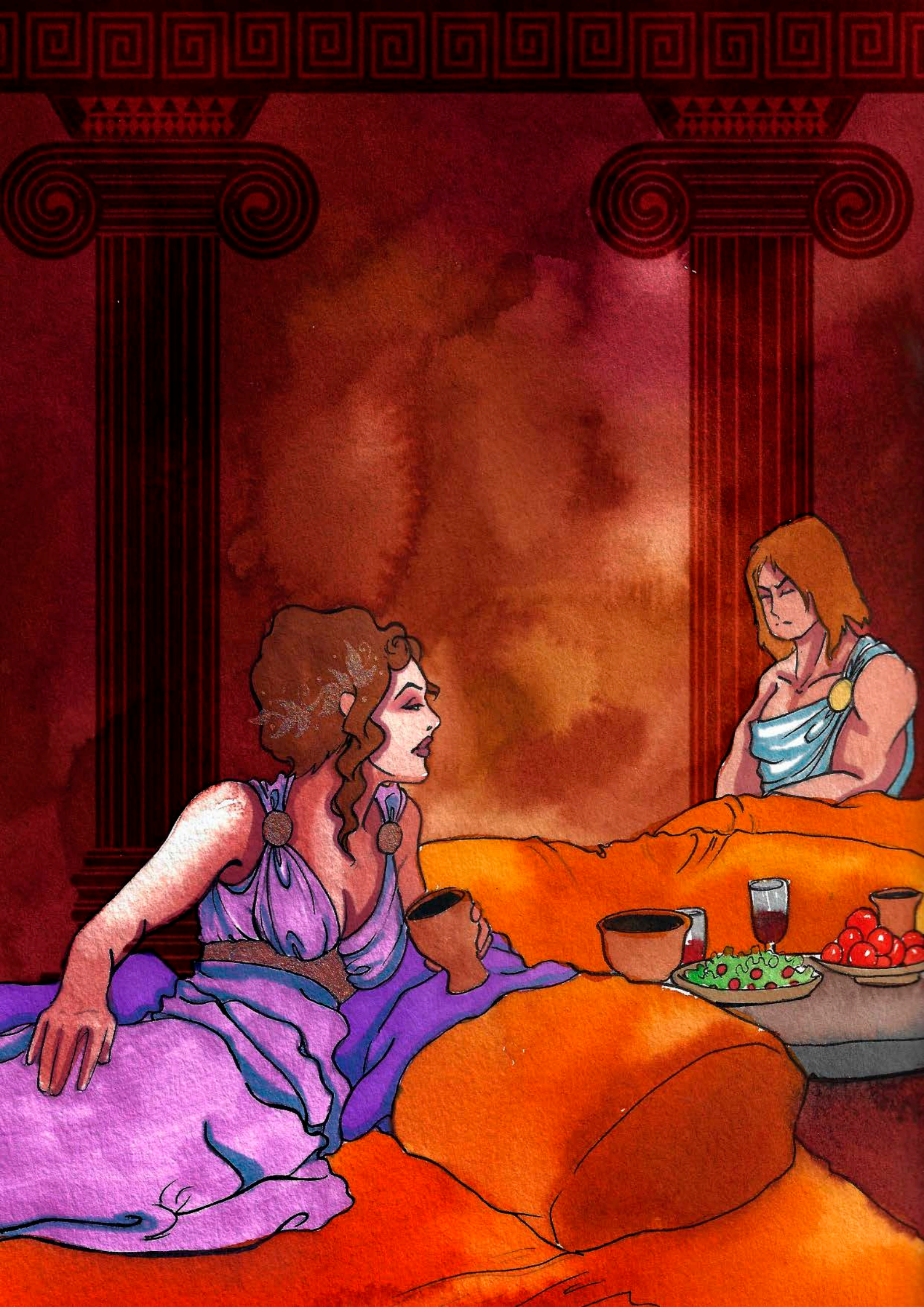
–¿Cómo voy a fiarme de ti, Circe, cuando has convertido a mis hombres en rollizos cerdos? ¿Pretendes someterme a nuevos engaños una vez que esté en tu lecho sin fuerza y a tu merced? Júrame antes, diosa, y dame tu palabra de que no he de sufrir nuevos males. Júrame también que me has de ayudar a regresar a mi amada patria junto con mis hombres.

Circe juró lo que le había pedido.

Más tarde, ya lavado y perfumado, Ulises se sentó ante la mesa repleta de comida. Las criadas le sirvieron agua y vino, pero él absorto en sus pensamientos y temiendo nuevos males, no probaba bocado.

–¿Por qué no comes, Ulises? – Circe le hablaba con dulzura–. ¿Acaso aún desconfías de mí y temes que te engañe de nuevo? ¿Olvidas que he hecho un juramento?

Ulises miró a la maga.



– No comeré hasta que no liberes a mis compañeros.

Enseguida atravesó Circe el amplio salón con su vara y volvió con los cerdos. Fue golpeándolos uno a uno y los convirtió de nuevo en hombres.

Circe estudió su rostro.

–Astuto Ulises, hijo de Laertes, ve ahora a la orilla del mar, arrastra tu nave hasta la playa y trae al resto de tus compañeros. Aquí serán agasajados como se merecen.

Así lo hizo.

Durante un año, Ulises y sus hombres permanecieron allí comiendo carne magra y bebiendo dulce vino. Ulises se comportaba como si fuera el esposo de Circe. Cuando llegó el verano, los hombres llamaron aparte a su señor.

–Es ya la hora de volver a nuestra patria, pues aquí nos hemos demorado mucho tiempo y es la voluntad de los dioses que regresemos al país de nuestros padres.

Esas palabras conmovieron a Ulises y, al llegar la noche, ya en el lecho de Circe, le suplicó que cumpliera su promesa y le ayudara a volver a Ítaca.

–Cumpliré mi promesa, Ulises –contestó la hechicera–, pues no deseo que nadie permanezca en mi casa contra su voluntad. Antes, sin embargo, habrás de pasar por el palacio de Hades y Perséfone. Allí preguntarás al alma del adivino ciego, Tiresias, el camino a casa. Él es, entre todos los muertos, el único al que Perséfone le ha concedido razón y sensatez. Los demás son simplemente sombras que pasan.

Ulises respondió que así lo haría. Circe les dio provisiones y reses para ofrecer en sacrificio y, empujados por el cierzo, se encaminaron en su nave a su nuevo y tenebroso destino.

EN EL REINO DE HADES

La maga mandó buenos vientos para que la nave avanzara con rapidez. Ulises y sus hombres llegaron al atardecer al país de los cimerios, un lugar brumoso y sin sol. Desembarcaron con los animales y se encaminaron hacia el lugar señalado por la Circe para sacrificar a las reses e invocar a las almas.

Muy pronto se escuchó un sonido terrorífico, pavoroso. Eran los muertos, que venían atraídos por la sangre de los animales.

–¡Desollad las reses y quemadlas para ofrecerlas a los dioses del infierno! –ordenó Ulises a los hombres—. Mientras tanto yo intentaré contener a las almas.

Empuñó el cuchillo con furia. Entonces uno de los muertos se destacó del resto y se acercó a Ulises. Era Anticlea, su madre. Ulises se entristeció mucho de verla allí, pues la creía aún viva. Le afligía también su actitud, pues Anticlea ni miraba ni hablaba a su hijo.

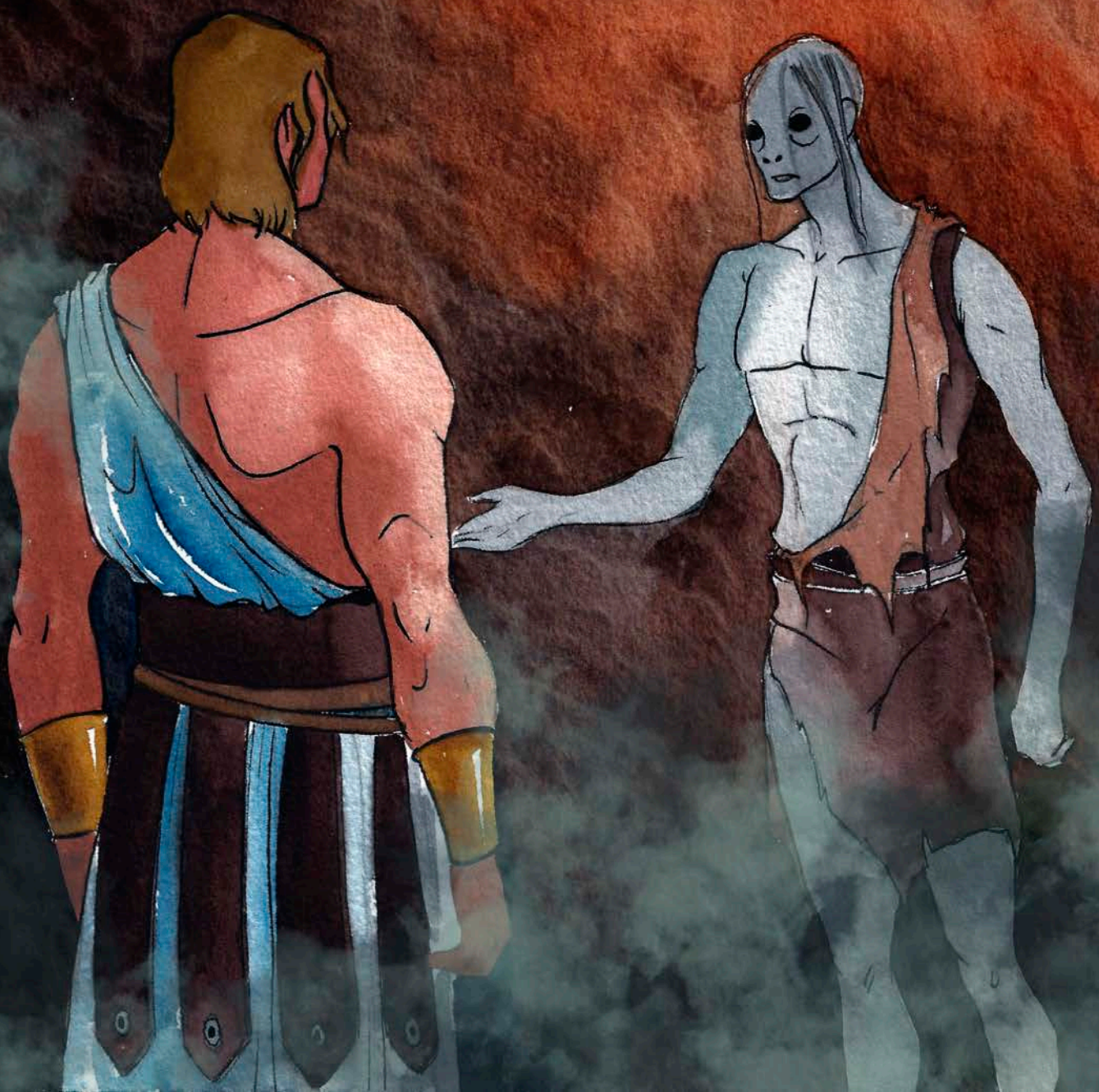
Nuestro héroe comenzó a sollozar. Aunque quería mucho a su madre, no podía dejar aún que su alma se acercara a la sangre de las reses degolladas, que reservaba para el adivino Tiresias. Como había predicho Circe, solo él podría decirles el modo de llegar a Ítaca.

Por fin el difunto Tiresias se acercó. Portaba en la mano un cetro de oro.

–¿Cómo es que has venido aquí Ulises, hasta el reino de los muertos? –le preguntó—. No es un lugar agradable.

Ulises envainó su espada y le dejó acercarse a beber la sangre de las reses muertas sin contestar aún. Al fin y al cabo Tiresias debía de saberlo, pues era un adivino.

–Ah, ya sé. –Tiresias parecía complacido—. Vienes a pedir consejo para regresar a tu hogar. Si es eso lo que deseas, habrás de refrenar tu ardor y el de tus hombres. Pronto llegarás a Trinacria. Allí pastan las vacas del Sol, que todo lo ve y todo lo



oye. Si las respetas, llegarás a tu casa sano y salvo, pero si las dañas será la ruina para ti, tu barco y tu gente. Aunque te salves de las garras de la muerte, regresarás a destiempo a tu patria y cuando lo hagas verás tu hacienda mermada por hombres que se alimentan de tus bienes y pretenden a tu esposa.

Luego Tiresias le dio a Ulises varios consejos para vencer a esos hombres y poder recuperar la paz del reino. El itaquense los grabó en su memoria.

–Tiresias, ¿por qué mi madre ni me habla ni me mira? –preguntó Ulises antes de dejarlo marchar.

–Déjala beber la sangre de las reses y te hablará.

Así hizo Ulises. Entonces su madre le habló y le contó que Telémaco, el hijo que dejó para marchar a la guerra, ya era un hombre, muy apuesto y sensato. Que Penélope, su esposa, le recordaba cada día y que Laertes, su padre, vivía en la pobreza y añoraba su regreso.

Luego su madre se despidió de él.

–No te demores aquí. Vuelve a la luz cuanto antes.

A pesar de todo, aún permaneció Ulises un poco más en el Hades. Así pudo ver las almas de varias mujeres y hombres notables, entre ellos Aquiles el Périda, que, al igual que Tiresias, le preguntó que hacía por allí.

–Vine a hablar con Tiresias, el adivino, por ver si nos decía cómo podíamos regresar a Ítaca, pues la ira de Poseidón y otras circunstancias desfavorables nos han impedido el regreso. Tú, en cambio, Aquiles fuiste feliz entre todos y aún lo eres. Se te honra como a un dios y también ahora reinas sobre los muertos. Por eso, no debes dolerte de la existencia perdida.

–Más querría ser siervo en el campo de cualquier labrador pobre que reinar entre los muertos. Pero qué le vamos a hacer –contestó el que fue sin duda el mejor de los griegos.

Ulises asintió comprensivo.

–¿Qué sabes de Peleo, mi padre? –preguntó Aquiles–. ¿Los mirmidones le siguen honrando o se ve despreciado por ser viejo?

Ulises le dijo todo lo que sabía. Que no tenía conocimiento de cómo pasaba Peleo sus últimos años, pero que podía sentirse orgulloso de su hijo, Neoptólemo, que se destacó en la guerra de Troya y mató a muchos hombres. Neoptólemo había sido uno de los guerreros que entró en Troya escondido en el vientre del caballo y fue capaz de aguardar con valor su suerte, sin derramar una sola lágrima. Luego de arrasar Troya, regresó a su casa con su parte del botín y de gloria, sin sufrir daño alguno.

El alma del rápido y valeroso Aquiles quedó satisfecha con la respuesta de Ulises y se marchó.

El itaquense debería haberse marchado también pero esperó un poco más, pues deseaba conversar con otros muertos ilustres. Al poco comenzaron a llegar legiones de muertos. El miedo se apoderó de él, de modo que, siguiendo el consejo de su madre, salió de allí con rapidez. Luego ordenó a sus compañeros embarcar y soltar amarras.

Los hombres de Ulises remaron a toda prisa, espantados por lo sucedido, hasta que el viento favorable comenzó a soplar y desplegaron las velas.

LA ISLA DE LAS SIRENAS

Cuando volvió del Hades, Ulises envió a sus hombres al palacio de Circe, la divina hechicera. La maga les ofreció comida en abundancia y también vino espumoso. Cuando luego fueron a dormir, Circe habló a Ulises de las aventuras que habrían de afrontar en el futuro, pues la maga tenía entre otros el don de la adivinación.

Muy pronto se iban a cumplir sus presagios. El primero fue el encuentro con las Sirenas, unos seres malignos que con su dulce canto atraían a cuantos marineros osaban navegar por sus aguas para hacerlos perecer.

Circe había advertido a Ulises que solo a él le estaría permitido escuchar su canto, pero que debía atarse al mástil de pies y manos para no ceder a la tentación de marchar con las sirenas. La maga también le había dado cera para taponar los oídos de sus hombres, de tal modo que ellos también pudieran eludir su hechizo.

Navegaban ya cerca de las praderas, cuando la dulce voz de las sirenas empezó a inundar el aire.

—Ven, valiente Ulises, acércate —susurraban—, pues ningún mortal sale de aquí sin escuchar nuestro dulce canto. Quien lo escucha aprende muchas cosas, pues conocemos todo lo que ocurre en el extenso mundo.

Un deseo irrefrenable de correr hacia ellas comenzó a dominar la mente de Ulises. Suplicó con gritos lastimeros a sus hombres e hizo gestos para que le soltaran pero sus fieles capitanes Perímedes y Euríloco ciñeron aún con más fuerza los nudos que le sujetaban y añadían a una, otra atadura.

Así Ulises se convirtió en el único mortal en escuchar su canto sin acabar inerte en sus playas.

Una vez que la nave se halló lejos del dulce canto de las sirenas, los hombres lo desataron y se sacaron los fragmentos de cera de sus oídos.

Continuaron la navegación y, al perderse de vista la isla, el más humano de los héroes comenzó a sentir el vapor y el terrible rugido del mar. Se acercaban a Escila y Caribdis.

ESCILA Y CARIBDIS

Ulises recordó entonces las palabras de Circe.

«Deberás elegir entre dos rutas: una transcurre entre grandes peñascos, errantes los llaman, pues, con sus movimientos hacen rugir el mar y matan a quien intenta atravesarlos. Ninguna nave, salvo la noble Argo, guiada por Jasón, salió sin daños. Podrás ver que, en aquella parte, el mar está sembrado de cuerpos y de tablones de barcos.

La otra ruta es la que atraviesa los dominios de Escila y Caribdis. Quien se atreva a navegar por sus aguas se encontrará encerrado entre dos peñascos.

A un lado, en la cima de una montaña, vive la feroz Escila, en una gruta oscura. Nadie puede acceder hasta ella, pues la roca es lisa y no se pueden sujetar los pies y las manos. Tampoco puede alcanzarla ningún arma, ni flechas ni afilada lanza. Escila tiene seis horribles cabezas, sujetas por seis larguísimos cuellos. Cada cabeza tiene una boca con tres filas de dientes apretados. El monstruo se apoya en doce patas, pequeñas y deformes. Como es tan terrible no se muestra jamás sino que desde su gruta acecha y aguarda a sus presas, delfines, grandes cetáceos, barcos con sus marineros...

El peñasco de enfrente, separado apenas de la morada de Escila por un tiro de flecha, es más bajo. En él crecen frondosas higueras. Debajo vive Caribdis. El monstruo engulle el agua tres veces al día formando grandes remolinos, y, tres veces, la vomita. Nada escapa a su fuerza. Ningún barco ha podido librarse de la destrucción una vez engullido por Caribdis».

De entre las dos rutas Ulises prefirió tomar la de Escila y Caribdis. Nada les había contado a sus hombres sobre semejantes seres monstruosos.

Entraba ya la nave en los dominios de Escila cuando unas olas inmensas comenzaron a levantarse. De repente se escuchó un rugido infernal. Los marineros, presas del pavor, soltaron los remos.



Ulises intentó infundir a los suyos algo de valor.

–¡Ánimo, amigos! Hemos pasado ya por numerosas calamidades. Todos habéis demostrado vuestro coraje y, con él y mi astucia, saldremos indemnes. Remad sin descanso. ¡Tú, timonel, no pierdas el rumbo!

Los hombres acataron las órdenes y de nuevo avanzó la nave impulsada por los remos.

Aunque Circe le había advertido que de nada le servirían las armas, Ulises se vistió con su armadura completa y tomó dos lanzas. Desde la proa, observó de arriba abajo la peña sombría por si veía surgir a la feroz Escila.

Al otro lado, Caribdis sorbía con furia las aguas del mar y dejaba ver la tierra oscura que había debajo. Cuando las devolvía, formaba dos grandes torbellinos que subían y volvían a caer con gran estruendo. Mientras Ulises y los suyos miraban a Caribdis, Escila asomó sus horribles cabezas y atrapó a seis de los mejores hombres.

–¡Auxilio! ¡A mí, Ulises! –gritaban los infortunados.

Ulises se giró veloz. Varias manos y piernas se agitaban en el aire, pero no pudo impedir que el monstruo los llevara a su gruta y allí los devorara.

Esa fue la imagen más triste que Ulises recordaría de cuantas divisaron sus ojos a lo largo del viaje.

LA ISLA DEL SOL

La nave de Ulises dejó atrás a Escila y Caribdis. Transcurrido un tiempo, los itaquenses se acercaron a la hermosa isla del dios Sol, donde éste guardaba sus lozanas vacas y multitud de ovejas. Los mugidos se escuchaban desde la nave. Ulises recordó las solemnes palabras del adivino ciego, Tiresias, y las órdenes de Circe. Ambos le habían advertido del peligro que suponía acercar la nave a la costa.

Sintiendo una gran pena en su corazón, Ulises se dirigió a sus hombres.

—Amigos, Tiresias y Circe nos prohibieron desembarcar en la isla del dios Sol. Girad el timón, aunque nuestro cuerpo y nuestro espíritu estén cansados, pues allí nos esperan grandes males y nuestra ruina.

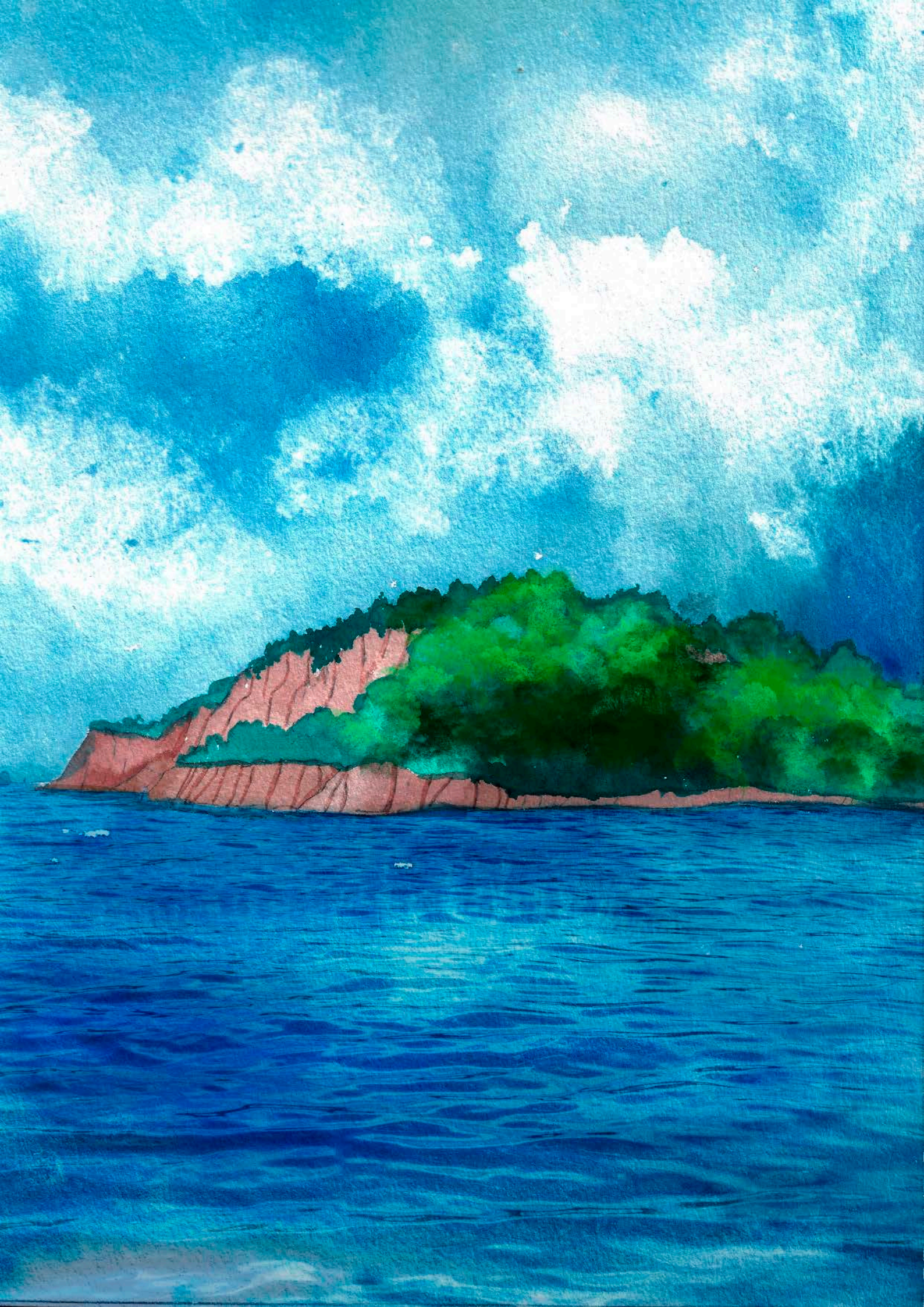
Al oír estas palabras, los hombres se entristecieron.

—Eres cruel, Ulises – gritó Euríloco, enfurecido –. Tú eres fuerte y nunca te cansas pero los demás estamos vencidos por la fatiga, pues nos obligas a navegar de noche entre las sombras y la bruma, a merced de los vientos y las tempestades que destruyen barcos. Permítenos, valeroso Ulises, pasar la noche aquí y, tras el descanso, partir al alba.

Cuando Euríloco pronunció estas palabras, todos sus compañeros lanzaron gritos de apoyo.

—Euríloco –contestó Ulises—. Me obligas a tomar una terrible decisión, puesto que vosotros sois muchos y yo solo uno. Descansaremos en la isla, pero debéis hacerme un solemne juramento: si encontramos en ella vacas rollizas o numerosas ovejas, ninguno de vosotros intentará atraparlas para sacrificarlas en un suculento banquete. Comeremos los víveres que nos dio la maga Circe y partiremos al amanecer.

Los hombres juraron que no tocarían las vacas. Llevaron al puerto vacío la nave y desembarcaron en la solitaria isla. Todos comieron y bebieron hasta estar saciados. Durante la cena



recordaron a los amigos a los que la cruel Escila arrebató la vida. El llanto se extendió entre los hombres y, poco a poco, se fueron quedando dormidos. Transcurrida más de media noche, se desató un violento ciclón que envió Zeus. Las nubes cubrieron cielo y tierra y la noche se hizo cerrada y oscura. Cuando amaneció, los hombres arrastraron el barco a una gruta para resguardarlo de la fiera tempestad. Ulises reunió a los hombres y les recordó su juramento. Todos asintieron y lo reafirmaron.

Durante un mes sopló el viento austral sin descanso. Mientras hubo pan y vino, los hombres comieron y bebieron sin preocupaciones y saciaron el hambre y la sed y no tocaron las vacas, pero cuando las provisiones se acabaron, vagaban por la isla buscando alimento. Atrapaban de vez en cuando aves o peces que no bastaban para saciarlos. El hambre roía sus tripas.

Ulises decidió subir a un lugar elevado para invocar a los dioses que habitan el Olimpo y suplicó que le ayudaran a encontrar el camino de vuelta, pero estos le infundieron un dulce sueño.

Mientras Ulises dormía, Euríloco habló a los hombres.

—Compañeros, a lo largo de nuestro camino hemos contemplado horribles muertes, pero nada peor hay que morir de hambre. Vamos, acorralemos a las vacas del Sol y cojamos varias. Cuando lleguemos a Ítaca, levantaremos un hermoso templo al dios Sol y lo llenaremos de ofrendas y hermosos regalos. Si el dios se enfada y, junto con otros dioses, decide perder la nave y que perezcamos en el ancho mar, será mejor morir rápido entre las olas que apagarlos lentamente en una isla desierta.

Así habló y todos estuvieron de acuerdo, de modo que se lanzaron inmediatamente tras las vacas que pacían tranquilas cerca de la nave. Apresaron las mejores, las más rollizas y hermosas. Luego prepararon la hoguera y las degollaron. Tras recitar las plegarias y lavarse, separaron los muslos, los untaron de grasa y colocaron el resto de la carne en grandes asadores.

Mientras tanto, Ulises despertó. En cuanto le llegó el olor del asado, rompió en sollozos, pues entendió de inmediato lo que había sucedido.



Empezó a gritar y a clamar a los dioses.

—¡Padre Zeus, dioses inmortales que moráis en el Olimpo! Me habéis enviado el sueño y mis hombres, mientras tanto, han incumplido mis órdenes.

Al saber el Sol lo que había sucedido, ordenó que castigaran a los hombres de Ulises. Zeus le contestó que, en cuanto su nave comenzara a navegar en medio del océano, le mandaría un rayo fulminante y la destruiría.

Muy pronto los dioses empezaron a enviar señales terribles de su descontento. Las vacas mugían ensartadas en los asadores y sus pieles se arrastraban como serpientes.

A pesar de todo, durante seis días, comieron la carne y saciaron el hambre. Al séptimo, desapareció el viento y una calma plácida se instaló entre ellos. Sacaron el barco de la gruta y se hicieron a la mar. Pronto perdieron de vista la isla y contemplaron solo el mar infinito, ninguna tierra mostraba su amable abrigo.

Tal y como había prometido al Sol, Zeus envió una gran nube. Se oscureció el océano y apenas se divisaba el horizonte. Había recorrido la nave un corto trecho, cuando el poniente desató un furioso huracán. El viento rompió los mástiles que, al caer, arrastraron las jarcias y mataron al timonel. Al mismo tiempo Zeus lanzó un rayo abrasador sobre la embarcación. Se llenó el aire de olor a azufre, crujió la madera y los hombres cayeron al agua. Pronto desaparecieron engullidos por las aguas y nunca más vieron la luz del sol.

El vendaval había desprendido la quilla de la nave y arrojado el mástil al mar. Con mucho esfuerzo consiguió Ulises enlazar ambos con un cabo de cuero. Luego se sentó sobre ellos.

Las aguas siguieron rugiendo, el viento soplando. La angustia de Ulises crecía, pues fue empujado de nuevo hacia la cruel Escila y la furiosa Caribdis. Ulises dio un salto y se agarró a las ramas de la higuera que crecía en la superficie del peñasco bajo el que habitaba el monstruo y, así, colgado en el aire, sin más apoyo firme para los pies, aguardó a que Caribdis expulsara la quilla y el mástil. No esperó en vano, pues pasado un largo rato, el

monstruo arrojó de nuevo los restos del barco. Ulises saltó sobre ellos y remó con sus brazos, cuidándose de que no lo viera la cruel Escila.

Durante nueve días estuvo Ulises a la deriva. Al décimo, llegó a una isla que estaba en medio del mar, alejada de todo y de todos, de ciudades y de hombres. Su nombre era Ogiqia.

LA ISLA DE CALIPSO

Ulises descubrió muy pronto que la isla de Ogigia era un auténtico paraíso. Había árboles frondosos por todas partes en los que anidaban multitud de pájaros que cantaban alegremente. A medida que se fue adentrando en la espesura, Ulises descubrió nuevos paisajes, prados salpicados de flores y muchas vides cuajadas de uvas. De la tierra surgían cuatro fuentes de aguas cristalinas. Un olor dulce, como a madera quemada, se extendía por toda la isla.

Pronto llegó Ulises a un agradable lugar donde había una gruta. En la puerta, una mujer de belleza sobrehumana tejía. Tenía hermosas trenzas que caían a ambos lados del rostro. La joven comenzó a entonar una canción con voz muy dulce. Ulises se acercó, embelesado. Cuando terminó su canto, se levantó y se dirigió a él.

–Te esperaba, Ulises. Pasa y caliéntate junto al fuego.

–¿Quién eres? –preguntó el náufrago–. ¿Cómo sabes mi nombre? Sin duda eres una diosa, a juzgar por tu belleza y dones.

–Soy la ninfa Calipso, hija de Atlas, y reino en esta isla, de nombre Ogigia. Ven conmigo. Mis sirvientas te darán ropa limpia y también de comer y beber.

Cuando Ulises se hubo vestido y saciado, la ninfa le ofreció su propio lecho.

Ulises permaneció en Ogigia siete años. Durante ese tiempo le relató a Calipso sus aventuras en Troya. Ella lo escuchaba con atención, fascinada. Era obvio que se había enamorado de él. La ninfa le pidió muchas veces que se quedara allí para siempre y que se olvidara de volver a Ítaca.

–Eres feliz aquí. En mi isla tienes cuanto necesitas. Sé mi esposo, Ulises. A cambio te daré el don de la inmortalidad.

Ulises miraba a Calipso. Su dulce voz era tentadora. Era difícil decidirse, pero él nunca accedió a sus ruegos.

–Calipso, eres la criatura más bella que he visto jamás. Cualquier mortal se sentiría afortunado de tenerte como esposa, pero no puedo quedarme aquí para siempre. Tampoco tengo suficientes méritos para eludir la muerte y la decrepitud de la vejez y convertirme en un inmortal. Todo lo que deseo, amada diosa, es regresar a mi patria, donde me aguardan mi mujer y mi hijo, y también mi padre.

La ninfa insistía. Intentaba persuadirlo con bellas palabras pero nunca consiguió quebrantar la voluntad de Ulises, pues su deseo de llegar a Ítaca y ver a los suyos era mayor que la devoción que ella le inspiraba, muy grande pese a todo.

Finalmente, cuando ya comenzaba el octavo año, la ninfa le dijo que era libre para marcharse, a pesar del dolor que su partida le causaba, pues le amaba mucho.

–Necesitarás una embarcación, Ulises ¿Ves aquellos árboles de allí? –Calipso señalaba con sus largos dedos unos árboles de tronco recto y liso– Córtalos. Sobre ellos navegarás rumbo a tu hogar.

Ulises tardó cuatro días en construir la embarcación. Luego, cuando la tuvo preparada, la cargó con víveres y agua y se despidió de la diosa.

–He sido feliz aquí, como dijiste, Calipso. –La emoción le impedía pronunciar palabra.

Luego subió a la balsa y partió. Las lágrimas corrían abundantes sobre su rostro pero Calipso, que quedó en la playa, ya no podía verlas.

EL PAÍS DE LOS FEACIOS

Durante diecisiete días estuvo Ulises en alta mar. Al decimoctavo pudo avistar tierra. Como Poseidón aún estaba furioso con él, le mandó fuertes vientos que encresparon las olas e hicieron zozobrar la balsa. Ulises logró enderezarla. Durante un momento creyó que lograría llegar a tierra. Sus esperanzas se esfumaron de inmediato porque estalló una fuerte tormenta.

La nereida Ino contemplaba la lucha del marino contra las olas y, compadecida de él, decidió ayudarlo.

Instantes después Ulises vio que un pájaro surgía del mar y se posaba en la balsa. Era Ino, que se había transformado.

–Escucha bien, Ulises. –La voz de la nereida era imperiosa–. Despójate de tus andrajos y abandona la balsa. Nada con todas tus fuerzas hasta llegar a la tierra de los feacios. Te salvarás, pues así lo ha determinado la Moira.

Acto seguido la diosa le entregó un velo.

–Extiéndelo bajo tu pecho y, cuando toques tierra firme, arrójalo tan lejos como puedas en el mar. Al hacerlo vuélvete hacia el otro lado.

Dicho esto, la diosa volvió a sumergirse en el agua y las negras olas la cubrieron.

Cuando unos días después el viento se hizo más débil, Ulises hizo lo que Ino le aconsejó y se lanzó al mar. Durante un buen rato luchó contra el cruel oleaje, mayor a medida que se acercaba a la costa. Finalmente pudo llegar hasta la desembocadura de un río. El dios fluvial le dio paso y Ulises pudo por fin alcanzar la orilla. Luego se escondió entre unos arbustos y se sumió en un sueño profundo.

Lo despertaron unas voces juveniles. Ulises se incorporó y espió entre los arbustos. Junto al río había varias muchachas que jugaban a pelota. Alertado por aquella agradable presencia, el náufrago cubrió su cuerpo con unas cuantas hojas y salió de su



escondite.

De entre todas las doncellas había una que destacaba por su belleza y su aspecto regio. Ulises se volvió hacia ella y le habló con dulzura.

– En gran apuro me encuentro, señora. Necesito algunas ropas. Os ruego por ello que me indiquéis dónde queda la ciudad para que me procure el auxilio necesario y pueda volver a mi patria.

La joven contempló al extranjero. A pesar de su aspecto no le suscitaba temor alguno, al contrario.

–Soy la princesa Nausícaa, hija del rey Alcínoo. Esta es la tierra de los feacios. Somos, como comprobaréis, un pueblo de navegantes. Os indicaré donde queda la ciudad pero antes os daré, como pedís, ropas limpias. Estáis de suerte, pues justo hoy hemos lavado todas las prendas que hay en palacio.

Ulises se lavó en el río y se quitó la costra de sal que recubría su cuerpo. Una vez lavado y vestido, se sentó algo apartado, junto a la orilla del mar. Nausícaa lo contempló con detenimiento. Era un hombre apuesto, a pesar de que ya no era del todo joven.

–Ojalá alguien así fuera llamado mi esposo y quisiera quedarse en esta tierra –suspiró Nausícaa–. Ahora, dad de comer y de beber al extranjero.

Así hicieron las criadas. Cuando terminó de comer, la princesa llamó a Ulises.

–Te conduciré a la casa de mi padre, extranjero. Yo iré dirigiendo el camino mientras vayamos por los campos, pero al avistar la ciudad habremos de separarnos. Querría yo evitarte que murmuren al verte en mi compañía, pues bien atrevidos y maliciosos son algunos de los feacios.

Luego le dio instrucciones precisas de lo que debía hacer cuando llegara a palacio.

Ulises siguió a la princesa y sus sirvientas, que viajaban en carreta. Pronto llegaron a la ciudad. Ulises atravesó el ágora y aguardó en un hermoso bosque que había junto al camino, tal y



como Nausícaa le había indicado. Luego volvió al ágora con intención de preguntar a los hombres que allí había cómo llegar al palacio del rey Alcínoo. Antes de que pudiera hacerlo, se le apareció una muchachita que portaba un cántaro. Era en realidad la diosa Atenea, su protectora.

–Yo te guiaré –se ofreció la niña–, pero has de saber que por aquí no toleran de buen grado a los extraños.

Luego envolvió a Ulises en una espesa niebla para que pudiera caminar sin ser visto.

Al cabo de un rato llegaron al palacio del rey, muy rico y hermoso, tanto que las puertas tenían un llamador de oro. La diosa se detuvo.

–En este momento los reyes están celebrando un banquete –le advirtió a Ulises–. Primero encontrarás a la reina Arete y luego al rey Alcínoo. Arete es una mujer admirada y poderosa, de modo que, si ella te acoge de manera favorable, podrás ver muy pronto a los tuyos.

Después de hablar así, Atenea se marchó.

Ulises atravesó con comodidad las puertas y el patio y también un huerto cercado lleno de árboles frutales y verduras de todo tipo, pues aún estaba envuelto en niebla.

En la casa, los príncipes y los nobles estaban ya a punto de retirarse. Ulises distinguió a los reyes, ya que ambos estaban sentados en el lugar principal, en lujosas sillas adornadas con clavos de plata.

Se acercó a ellos y rodeó con sus brazos las rodillas de Arete. En ese momento la niebla que lo protegía se deshizo y los feacios se asombraron al ver surgir como de la nada a aquel extraño que suplicaba a la reina con palabras elocuentes.

–¡Oh, bondadosa soberana, noble entre las nobles! –decía–. Hace años que peno por volver a mi patria. Si supierais cuánto he pasado...Os ruego que me ayudéis a regresar a mi hogar. ¡Deseo tanto ver a los míos!

Luego de haber hablado, se echó en el suelo sobre las cenizas de la chimenea en señal de humildad.

El más anciano de los feacios, el viejo Equineo, sugirió a Alcínoo que tratara al forastero con la dignidad debida y le diera de comer y de beber. Así hizo el noble Alcínoo, que despidió a los invitados con buenas palabras.

Los invitados se fueron a dormir y en el palacio quedó Ulises a solas con Arete y Alcínoo. La reina se dirigió a él. No le había pasado desapercibido que Ulises vestía ropas que ella misma había tejido con sus sirvientas.

–Extranjero, ¿quién eres, de qué gentes y de dónde? ¿Quién te dio esas ropas? Porque tú dices que llegaste hasta aquí después de vagar por alta mar...

– Me las dio vuestra hija, Nausícaa – respondió Ulises.

A continuación le contó que venía de la isla de Ogigia y que una tormenta había destrozado su balsa.

–Luego me lancé al agua y pude llegar a la orilla de un río. Allí me dormí, entre los arbustos. Al despertar encontré a vuestra bella hija. La princesa me dio de comer, de beber y estas ropas. Luego me invitó a seguirla en compañía de las sirvientas hasta tu casa, pero no quise hacerlo por preservar su honor. Antes de entrar a la ciudad nos separamos para evitar las habladurías de las gentes.

Alcínoo asistió satisfecho por la discreción de Ulises y se dirigió a él.

–Ojalá me concedieran los dioses que quisieras quedarte aquí y llamarte mi yerno, pues yo te daría casa y riquezas. Pero contra tu voluntad no te retendrán los feacios. Estos te llevarán a tu patria y a tu hogar, donde quiera que esté, no sin antes agasajarte como corresponde. Duerme tranquilo esta noche.

Mientras hablaban Ulises y Alcínoo, Arete dispuso un lecho en el atrio y lo cubrió con gruesas colchas y mantas de lana. Pronto los reyes se retiraron a sus aposentos y dejaron descansar al sufrido Ulises.

Al amanecer, Alcínoo condujo a su invitado al ágora de la ciudad y aguardaron allí. Pronto acudieron los señores y caudillos de los feacios. Cuando llegaron todos, el rey se puso en pie y les habló.

–Escuchadme bien. Este hombre llegó anoche a mi palacio. Suplica que le ayudemos a regresar a su patria. Yo digo que echemos al mar una nave nueva y sean escogidos cincuenta y dos de nuestros mejores jóvenes. Mientras preparamos su partida, vayamos a mi mansión y celebremos un banquete. Llamad también al aedo Demódoco para que nos deleite con su canto.

Pronto el palacio se llenó de hombres, jóvenes y ancianos. Para alimentar a los comensales Alcínoo mandó sacrificar doce ovejas, ocho cerdos y dos bueyes. Demódoco llegó poco después de que empezara la fiesta. Cantaba inspirado por la Musa que, aunque le había privado de la vista, le había dado el don del canto.

Cuando todos se hubieron saciado, cantó Demódoco la historia de los griegos y la disputa entre el Pelida Aquiles y Ulises en el banquete en honor de los dioses, pues Ulises sostenía que solo con la astucia se ganaría la guerra y no por la fuerza, como defendía Aquiles, y cómo se alegraba Agamenón de que discutieran entre sí los mejores de los aqueos.

Mientras cantaba el aedo, Ulises se cubría la cabeza con el manto y gemía y lloraba sin cesar. Solo el rey Alcínoo se dio cuenta de su pena. Por eso, para distraer a Ulises, propuso que se celebraran unos juegos.

Durante un buen rato se entretuvo el extranjero admirando las habilidades de los feacios en la lucha, en las competiciones en las carreras o con el disco. Cuando quedaron satisfechos, Laodamante, uno de los hijos del rey Alcínoo, invitó al extranjero a participar en los juegos. Ulises se resistió.

Al ver que se negaba a jugar, un hombre llamado Euríalo se burló de él.

–Dejadlo. No parece un atleta sino un buscavidas.

Ulises se ofendió ante semejantes palabras.

–Mal hablaste. No siempre todo es lo que parece.

Tras decir esto, tomó un disco enorme y lo lanzó tan lejos que pasó a todos.

–¡Ahora a ver si lo alcanzáis, jóvenes! Si alguien quiere pelear conmigo que lo diga ya.

Alcínoo, comprensivo, aplacó a su invitado y prosiguió el aedo Demódoco cantando nuevas historias.

Por el valor que el extranjero mostró en los juegos y por haber dado una lección a los provocadores, los nobles feacios le hicieron ricos regalos.

Ulises se aplacó y marchó a la casa a bañarse. Luego, ricamente vestido con nuevas prendas, se dispuso a volver junto al rey, su benefactor. Nausícaa se afligió, pues no sabía si tendría oportunidad de volver a hablar con Ulises antes de su partida.

–No me olvides cuando llegues a tu tierra, Ulises, pues a mí debes tu rescate. Yo, Nausícaa, hija del rey Alcínoo y de la reina Arete, te recordaré siempre.

Ulises rozó apenas los dedos de la princesa.

–No debes apenarte de ese modo, pues si por fin sucede que pueda llegar a mi casa, te invocaré como una diosa, ya que tú, y solo tú, me devolviste la vida.

Después marchó Ulises a sentarse junto al rey Alcínoo. Luego le pidió al aedo que cantase el engaño del caballo de madera que destruyó Troya.

El ciego aedo así lo hizo y mientras Ulises lo escuchaba, las lágrimas resbalaban por su rostro. El rey, que estaba muy cerca de él, se percató y por ese motivo se dirigió a los feacios.

–¡Escuchad! Las naves ya están preparadas y todo dispuesto para que parta nuestro huésped. Pero antes de su marcha querría preguntarle quién es, quiénes son sus padres y cuál es su patria, por dónde viajó, qué pueblos conoció y por qué se aflige tanto al oír las desgracias de Troya.

Ulises contestó con sabiduría.

—¿Por dónde empezar o acabar mi relato cuando son tantas las desdichas vividas? Ante todo mi nombre os diré. Soy Ulises Laertiada. Mi patria es Ítaca, donde tengo mi casa. Y ahora, tal y como me habéis pedido, os relataré mi viaje de vuelta de las tierras de Troya y de todos los males y sufrimientos que me impuso el gran Zeus hasta arribar a esta tierra.

Así hizo Ulises y le habló de los cicones y los lotófagos, de Polifemo, de los lestrigones, de Circe, de su descenso al Hades, de la isla de las sirenas, de Escila y Caribdis, de Calipso, de cómo construyó la balsa con la que se marchó de Ogigia y de su naufragio.

Aquí se interrumpió el discurso de Ulises.

El rey Alcínoo estaba muy impresionado. Por eso pidió a los feacios que ofreciesen nuevos regalos al extranjero, un trípode y un caldero, y estos accedieron. Luego, vencidos por el sueño, se marcharon a su casa.

Al amanecer caminaron todos hacia el bajel que devolvería a Ulises a su patria y cargaron los regalos. Cuando volvieron al palacio de Alcínoo, inmolaron un buey en honor a Zeus y celebraron un banquete.

Ulises aguardaba impaciente a que se pusiera el sol, pues ansiaba el regreso a su patria. Al fin habló y apremió a los feacios a que apresuraran la partida y le ayudasen a regresar a su tierra. Los feacios hicieron libaciones invocando a los dioses y así se despidieron del extranjero.

Embarcó Ulises y, tendido en un lecho que le prepararon con lienzos de lino, entró en un sueño dulcísimo, muy profundo.

RETORNO A ITACA

A la mañana siguiente, la nave de los feacios atracó en el puerto de Forcis. Los hombres bajaron a Ulises, que dormía aún, y lo dejaron sobre la arena. Descargaron también los regalos recibidos y los depositaron lejos del camino para evitar que alguien se los llevase.

Cuando Ulises despertó, los feacios ya no estaban. Poco podía sospechar que también ellos eran ahora víctimas de las iras de Poseidón y que las profecías sobre una nave que se estrellaría contra las rocas después de ayudar a un extranjero, amenazaban con cumplirse. Era el precio de su generosidad.

Mientras esto sucedía en el mar, en la tierra Ulises se sacudía los últimos restos del sueño. Cuando se hubo despabilado, la diosa Atenea se le acercó. Había tomado esta vez el aspecto de un joven un pastor de rebaños.

La diosa ayudó a Ulises a ocultar sus riquezas en el fondo de una gruta, cuya entrada taponaron. Luego cambió el aspecto de su protegido por el de un viejo mendigo y le dijo que fuera en busca de Eumeo, su porquero.

Ulises encontró a Eumeo sentado frente a la cuadra. Junto a él dormitaban cuatro perros. Al advertir la presencia del recién llegado, los animales despertaron y corrieron hacia él. Eumeo los dispersó con grandes voces y se acercó al forastero. Como la diosa le había cambiado el aspecto por el de un anciano, no reconoció a su señor.

Eumeo invitó al mendigo a pasar a la humilde cabaña. Mientras tomaban asiento, le habló con pena de la desaparición de su amo, sin darse cuenta de que lo tenía delante. Luego mató dos cerdos, los troceó y asó su carne.

Mientras comían y bebían, Eumeo contó al invitado lo que sucedía en Ítaca.

—Todos creen que mi señor Ulises ha muerto. Por eso son muchos los que pretenden la mano de su viuda, Penélope, con la



ambición de reinar. Los pretendientes se han aposentado en el palacio y malgastan la hacienda de mi divino soberano. Sacrifican muchos animales y consumen vino sin medida. Por suerte la fortuna de mi señor es tan grande que no se agotará.

Ulises pensó que aquellos hombres merecían un castigo y comenzó a planear su venganza.

–Háblame de tu señor –Ulises intentaba averiguar si Eumeo le era leal–. He viajado mucho. Quizás le haya visto alguna vez.

Eumeo lo miró con desconfianza.

– Hay quien mentiría por buscar su propio provecho. Puede que tú también inventes cualquier historia para conseguir ventajas de Penélope y de su hijo Telémaco. Pero has de saber que mi amo ha muerto, lo que me aflige mucho.

–No es así. Sé que Ulises viene de camino y se vengará de todos los que deshonran a su esposa y a su hijo. Dame pues un manto y una túnica hermosos, pues el momento se avecina y quiero estar preparado.

Eumeo, sin embargo, no creyó al anciano.

–Háblame de ti, anciano, quién eres y de dónde vienes y cómo sabes que mi amo volverá.

Ulises inventó una historia para contentar a Eumeo y le dijo que era de Creta, descendiente de un hombre rico, pero que al morir solo le dejó una casa. Le dijo también que se casó con una mujer rica y virtuosa pero como no le gustaba el campo se hizo a la mar en busca de aventuras. Le contó que fue a Troya y que después había estado en Egipto, en Fenicia y Libia y luego en la tierra de los tesprotos.

–Allí fue donde supe de Ulises –concluyó el falso anciano.

Al día siguiente, mientras Ulises y el porquero preparaban su desayuno, se oyeron fuera unos pasos. Instantes después un joven y apuesto muchacho apareció ante ellos. Era Telémaco, su querido hijo.

El porquero se emocionó mucho con aquella visita. Temía por Telémaco, que había ido de viaje a Pilos y a Esparta para preguntar por su padre, pues los pretendientes pretendían deshacerse de él.

El muchacho parecía inquieto.

–He venido enseguida para saber si mi madre está todavía en el palacio o si ya la ha desposado algún hombre. Sé que en ti puedo confiar.

Eumeo se pasó una mano por el rostro.

–No temas, Telémaco. Penélope sigue siendo fiel a la memoria de tu padre. Se dice que pasa los días y las noches llorando sin cesar. Pero ahora siéntate y comparte con nosotros el desayuno.

Telémaco miró al extranjero y preguntó a Eumeo por él.

–Dice que viene de Creta y que ha llegado aquí huyendo de los tesprotos –contestó el porquero–. ¿Te ocuparás de él?

Telémaco dudó. La situación en palacio no era buena.

– Le daré calzado y ropa y una espada. Pero será mejor que te ocupes tú. Yo enviaré comida para que no te resulte gravoso. A palacio es mejor que no venga. Los pretendientes son insolentes y todos juntos son muy poderosos y terribles.

Ulises no pudo contenerse.

–Mucho me preocupa cuanta insolencia reina en palacio. –Su voz era grave–. Si yo fuera joven o hijo del divino soberano o el mismo Ulises, me convertiría en azote de todos ellos.

Telémaco acogió bien aquellas palabras. Después de comer, mandó a Eumeo al palacio para que informara a su madre de su llegada.

Mientras Eumeo estaba fuera, Atenea se le apareció a Ulises y le dijo que había llegado el momento de decirle a su hijo quién era. Luego le devolvió su aspecto habitual, solo que más joven y lozano.



A Telémaco le sorprendió mucho ver el cambio experimentado por el anciano.

–¿Quién eres? ¿Acaso un dios? –exclamó.

Ulises le reveló la verdad.

–No soy un dios sino tu padre –contestó emocionado Ulises.

Telémaco no sabía qué decir. Dudaba. Miraba una y otra vez a su padre pero no se decidía.

Luego, cuando ambos se hubieron calmado, Ulises habló a su hijo de sus aventuras y comenzaron a planear juntos cómo se vengarían de los pretendientes.

Mientras esto sucedía en la cabaña, Eumeo comunicaba a Penélope que Telémaco había vuelto de Pilos y estaba sano y salvo. Luego se marchó.

Fueron muchos los pretendientes que lamentaron el regreso de Telémaco, entre ellos Antínoo, que insistió en asesinar al muchacho cuanto antes.

TELÉMACO Y ULISES REGRESAN A PALACIO

Al amanecer, Telémaco decidió volver al palacio, pese a todo.

– A ti te encargo – dijo a Eumeo–, que lleves a la ciudad al extranjero y que allí mendigue y reciba lo que cada uno quiera darle.

Tras decir esto, atravesó la majada y se puso en marcha.

En el palacio lo recibió Euriclea, ama de cría de Ulises y lo abrazó entre sollozos. Luego buscó a su madre. Penélope no pudo evitar el llanto al ver a su hijo sano y salvo. Besó su cabeza y le preguntó qué nuevas traía sobre su padre.

Telémaco no respondió.

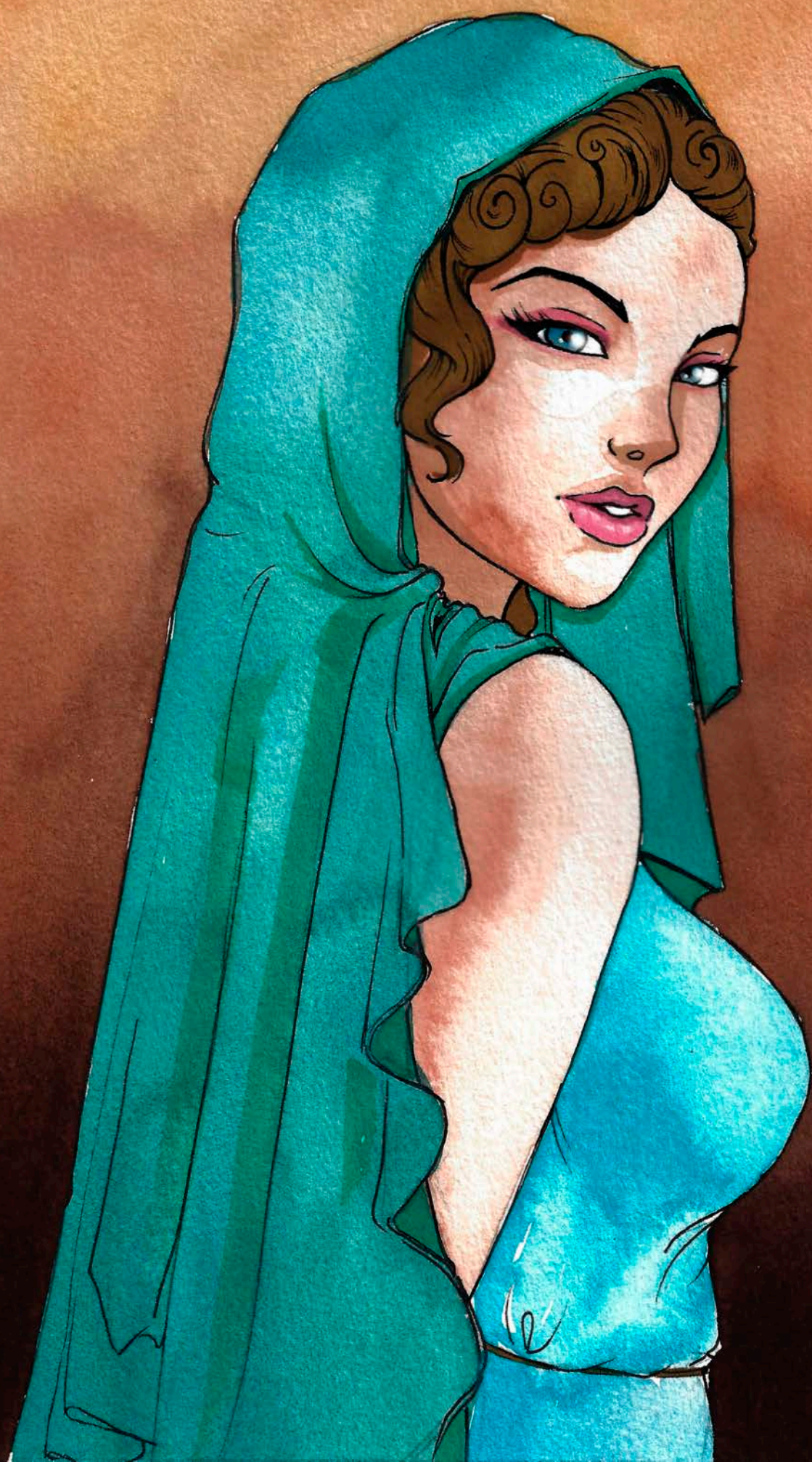
–Lo sabrás a su debido tiempo. Ahora basta ya de lágrimas, madre. –Su voz era firme–. Báñate y vístete con ropas limpias y luego invoca a los dioses, que yo he de ir al ágora a buscar a un extranjero que vino conmigo desde Pilos, al que llaman Teoclímeno.

Volvió Telémaco a palacio acompañado de su huésped y le ofreció comida y bebida. Luego relató a su madre los pormenores de su viaje. Le habló de su encuentro con Néstor en Pilos, y cómo éste le había contestado que nada sabía de Ulises y lo había enviado a Esparta a preguntar a Menelao.

–Menelao me aseguró que tarde o temprano mi padre volvería. El anciano de los mares le dijo que ahora estaba retenido en la isla de Calipso y no disponía ni de barcos ni de hombres.

Entonces Teoclímeno, que tenía el don de la adivinación, tomó la palabra.

–Venerable Penélope, Ulises ya está en el país de sus padres, y prepara la desgracia y ruina de estos hombres perversos.



La discreta Penélope le agradeció sus palabras.

Mientras, los pretendientes se entregaban a juegos y banquetes, sin saber que Ulises ya se encaminaba al palacio en compañía de Eumeo.

El aspecto de Ulises había cambiado de nuevo. Iba vestido con harapos, como un mendigo, y caminaba apoyado en un leño. Por el camino, encontraron a Melantio, el cabrero, que insultó a Ulises al pensar que era un mendigo.

Cuando llegaron a los umbrales de palacio, Ulises habló a Eumeo.

–Entra tú, que yo aguardaré aquí en la puerta.

Así hablaban los dos cuando vieron a un perro que, abandonado, yacía sobre un montón de estiércol. Era Argos, el fiel perro de Ulises, al que había criado con ternura. Le sorprendió verlo vivo, pues hacía ya veinte años que Ulises había abandonado Ítaca. Ulises tenía un gran cariño al animal. Durante su juventud, Argos le había acompañado en sus jornadas de caza. Ahora, maltratado, desnutrido y lleno de pulgas, permanecía tumbado. Ulises bajó la mirada, inundada de lágrimas, para que el porquerizo no lo descubriera. Al oír a su amo, el perro levantó la cabeza e irguió las orejas. Luego movió la cola y lo miró, pero no tuvo fuerzas para salir a su encuentro, pues era ya muy viejo. Un instante después la muerte lo alcanzó.

Un rato después, volvió Eumeo en busca del anciano y le llevó pan y carne de parte de su hijo.

–Telémaco te ordena que deambules por la sala pidiendo a los pretendientes para ver quién de ellos es honrado o perverso.

Melantio, el cabrero, volvió a proferir insultos contra Ulises. También Antínoo se negó a darle sustento al mendigo e intentó echarlo pero Telémaco salió en su defensa.

–No arrojes de mi casa a ese huésped –advirtió a Antínoo–. Toma lo que quieras y dáselo.

Antínoo, furioso, tomó un escabel, se lo arrojó a Ulises y le golpeó en la espalda, junto al hombro derecho, pero Ulises se mantuvo firme.

A Telémaco le inundaba la pena al ver a su padre maltratado y humillado, pero no derramó ni una lágrima.

Penélope, enterada del mal trato a su huésped, clamó también contra Antínoo. Después ordenó a Eumeo que lo trajera ante su presencia para preguntarle si sabía algo de su esposo.

–Temo la furia de esos hombres –le confesó al porquero –. Así pues, dile a tu ama que me espere en sus salas a la caída del día, iré a esa hora y, si me deja un lugar en la lumbre, sabrá del regreso de su esposo.

Eumeo le comunicó a Penélope la respuesta del mendigo y ésta, admirada ante su sensatez, aceptó esperarlo. Cumplida la orden, Eumeo se dispuso a volver a su majada no sin antes aceptar la comida y bebida que le ofreció Telémaco.

Los pretendientes continuaron deleitándose con la danza y el canto. De cuando en cuando insultaban al huésped e incluso le volvieron a lanzar un escabel. Los pretendientes ya estaban muy alborotados, de modo que Telémaco los hizo volver a sus casas, aun sabiendo que volverían a la mañana siguiente.

EURICLEA RECONOCE A ULISES

En la sala se quedó Ulises, que preparaba su venganza. Llamó a su hijo.

–¡Telémaco! Es preciso coger todas las armas de bronce y guardarlas dentro de la sala.

Así hizo Telémaco. Después se fue a acostar.

Cuando el muchacho se hubo marchado, Ulises acudió a la cita con Penélope.

–¡Extranjero! ¿Quién eres? –Penélope apremiaba al extranjero—. ¿De qué país vienes? ¿Quiénes son tus padres?

El ingenioso Ulises respondió.

–¡Mujer! No deseo que me preguntes por mi linaje ni mi patria, para que no aumenten mis penas al recordarlos. No es bueno que en una casa extraña llore y me lamente.

–¡Extranjero! Yo también me encuentro muy afligida –contestó Penélope–, pues cuantos nobles habitan en las islas vecinas y en la propia Ítaca me pretenden y me arruinan la hacienda. Ellos se quieren casar conmigo y yo siempre maquino algún engaño para retrasar el momento. Primero, durante el día, tejía la gran tela y, por la noche, la destejía. Así estuve durante tres años pero, al cuarto, las sirvientas me descubrieron y tuve que acabar la tela. Ahora debo casarme y no se me ocurre ningún otro engaño. Pero, insisto, dime de dónde eres y tu linaje y qué noticias traes de mi esposo.

Ulises le contó que venía de Creta y que en Cnoso había conocido a Ulises y le había ofrecido su hospitalidad.

Mientras el anciano hablaba, Penélope no dejaba de llorar. Después la reina quiso poner a prueba a su huésped y le preguntó qué vestidos llevaba su esposo cuando lo vio y cómo eran él y sus compañeros.

El astuto Ulises se quedó pensativo.



–¡De eso hace ya más de veinte años y es difícil recordarlo! Pero lo intentaré. Me parece que Ulises llevaba un manto de lana, de color rojo, con un broche de oro. Además tenía un bordado: se veía a un perro que había atrapado entre sus patas a un cervatillo y éste quería liberarse. También portaba una túnica, muy suave, que cubría su cuerpo. Pero no sé si Ulises llevaba ya estas vestiduras en su casa o se las habían regalado. Cuando fui a despedirlo, lo acompañaba un heraldo, un poco más viejo que él, de piel oscura y cabello rizado. Se llamaba Euríbrates.

Penélope lloró todavía más, pues ella misma le había entregado las vestiduras y el broche de oro.

–¡Venerada esposa de Ulises Laertíada! –El falso mendigo a duras penas podía contener la emoción–. No llores más por tu esposo. Sé que Ulises vive y pronto llegará.

–¡Ojalá se cumpla todo lo que dices, huésped! – suplicó Penélope. Luego se dirigió a sus sirvientas y les ordenó que le lavaran los pies al huésped y le preparasen un lecho con las mejores mantas y colchas para que pudiera descansar.

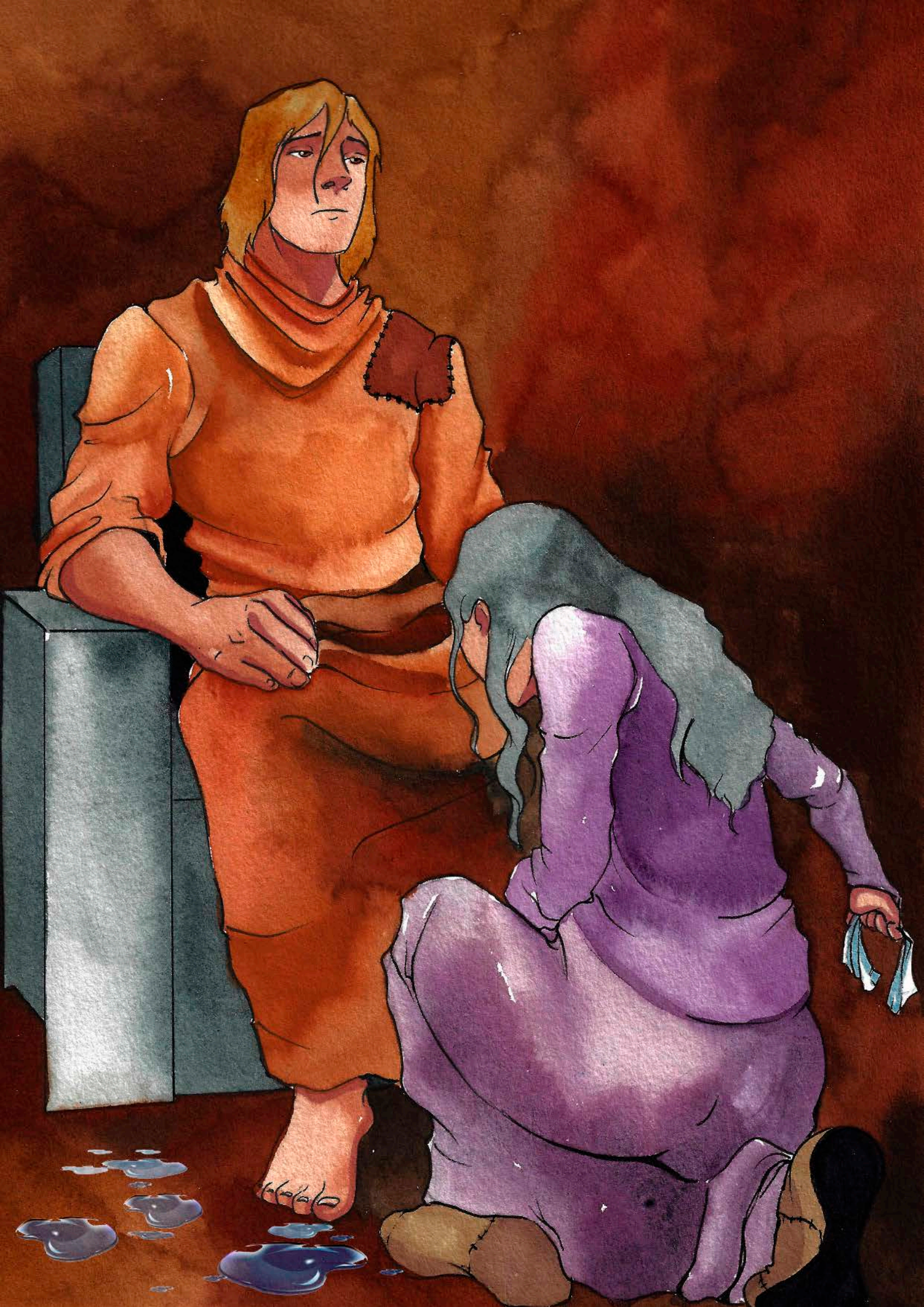
–Reina, me acostaré en el suelo como antes, cuando pasaba las noches sin dormir porque no tenía un lecho. Tampoco me reconfortará que tus sirvientas me laven los pies, a no ser una mujer muy vieja y que haya sufrido tanto como yo.

Entonces Penélope llamó a Euriclea, el ama de Ulises, y le pidió que lavase los pies al extranjero.

La anciana tomó un caldero, reluciente y nuevo, echó en él agua fría y caliente, y después colocó los pies del huésped. Mientras lo lavaba tocó con la palma de la mano la cicatriz que le había hecho un jabalí con sus colmillos en el monte Parnaso siendo muy joven. La anciana soltó el pie de Ulises y la pierna golpeó el caldero, que se cayó y derramó toda el agua.

–Tú eres Ulises. –Los ojos de la anciana se habían llenado de lágrimas y casi no podía ni hablar–. Te he reconocido ahora que he tocado tu cicatriz.

Después se giró hacia Penélope para decirle que aquel mendigo era su esposo, pero él le pidió que le guardara el secreto.



Euriclea calló y después marchó a buscar más agua para lavarle los pies. Cuando ya lo había lavado y ungido de aceite, Ulises se acercó al fuego y se cubrió la cicatriz con los harapos.

Entonces se acercó Penélope de nuevo.

—¡Huésped mío! Aún he de hacerte una pregunta antes de retirarme. Me gustaría contarte un sueño que tuve y, tal vez, me lo puedas explicar. Tengo en la casa veinte hermosos gansos y soñé que un águila, con un pico muy grande, bajaba desde el monte y los mataba. Yo, en sueños, gritaba y lloraba. Pero el águila volvió otra vez y, posándose en el borde del techo, me dijo: «¡Ten valor! No es un sueño sino lo que va a suceder. Los gansos son los pretendientes y yo, el águila, soy tu esposo que ha regresado y que daré muerte a todos los pretendientes».

—¡Mujer! No hay otra manera de entender el sueño, ya que el propio Ulises te ha explicado lo que va a pasar.

Penélope se estremeció.

—¡Huésped! Pronto amanecerá y yo me iré de esta casa, pero antes voy a proponer un certamen a esos hombres. Mandaré que coloquen en la sala doce hachas en línea recta, y que, desde muy lejos, hagan pasar una flecha por los anillos, como hacía mi esposo. Ahora serán los pretendientes quienes habrán de hacerlo. Aquel que más fácilmente maneje el arco y haga pasar una flecha por los doce anillos, será con quien yo me case.

Ulises apretó los labios.

— Tu esposo vendrá antes de que esos hombres tensen los arcos y consigan que una flecha traspase los anillos.

Penélope entornó los ojos y se retiró a descansar.

EL CERTAMEN DEL ARCO

En la cámara donde guardaba el tesoro permanecía el arco que Ífito había regalado a Ulises cuando era joven. Penélope cogió la llave, abrió las espléndidas puertas y tomó el arco y la aljaba llena de flechas.

Después llegó a la sala con los preciados objetos. Ajustó su velo para ocultar en la medida de lo posible su bello rostro y sus espléndidos cabellos y se dirigió a los hombres, que ya habían acudido de nuevo al palacio.

–¡Escuchad, pretendientes altivos! Ha llegado el día que tanto habíais esperado. Con aquel que de vosotros tome el arco de Ulises, lo curve más deprisa y traspase las doce hachas, con ese me casaré.

Dicho esto, encargó a Eumeo poner el arco y las flechas ante los pretendientes.

–Bien sabemos que ninguno entre los presentes podrá doblegar este arco, pues no hay entre nosotros ninguno que en fuerza iguale a Ulises –exclamó Antínoo, que recordaba haberle visto manejándolo cuando era niño.

Telémaco, disgustado, habló.

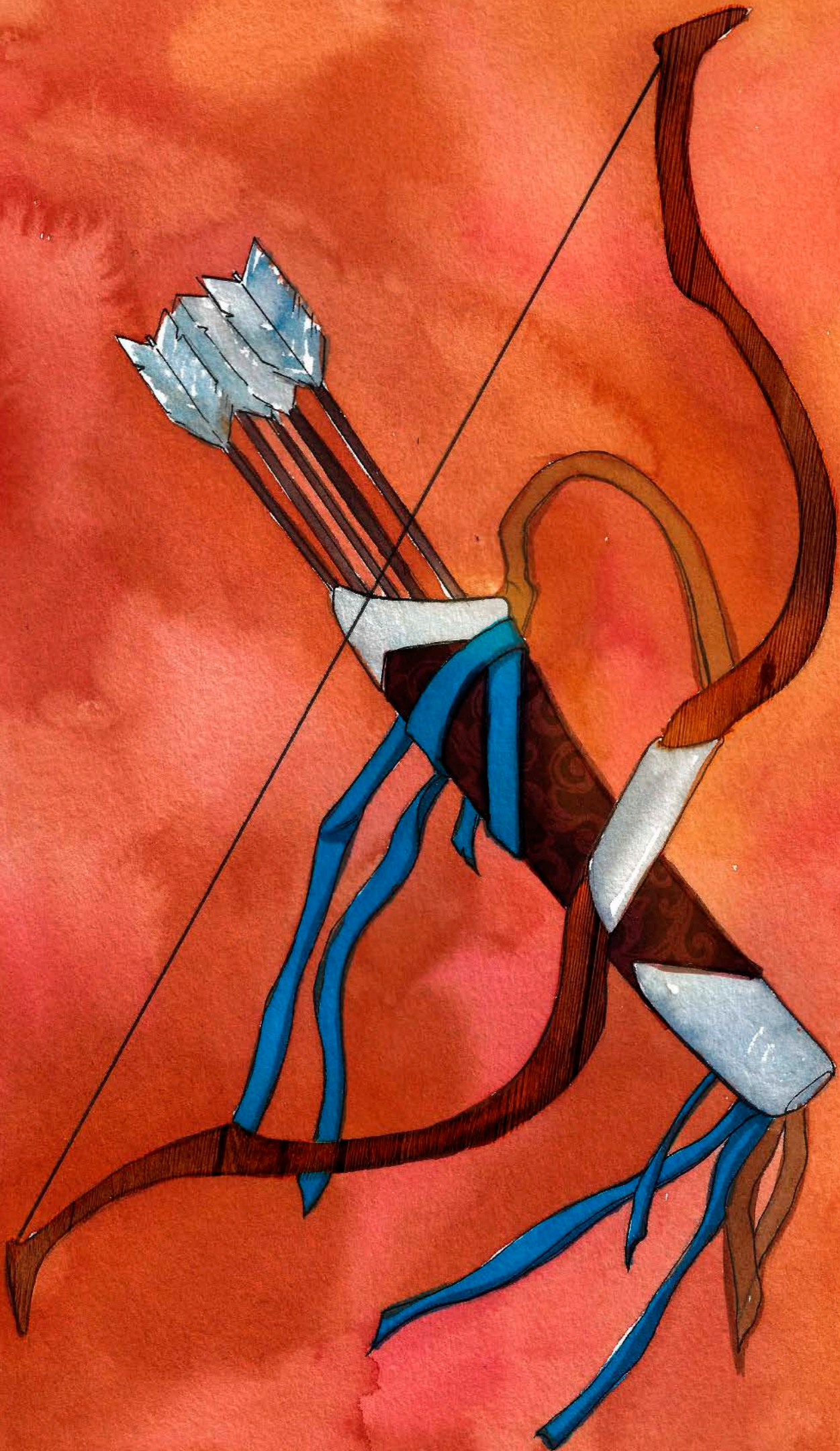
–Por mi parte quisiera intentarlo y así ahorraría a mi madre la pena de tener que verla marchar.

Tres veces lo intentó Telémaco sin conseguirlo. Lo quiso intentar una cuarta pero su padre, con un gesto, le indicó que lo dejase. Al fin claudicó.

–Que prueben los demás.

Antínoo sugirió que lo hicieran siguiendo el orden en que el copero les servía el vino. Los demás aceptaron, pero uno tras otro iban fracasando en su cometido, como esperaba Ulises.

Mientras los pretendientes intentaban tensar el arco sin éxito, aprovechó para revelar a Eumeo y también al pastor de bueyes,



Filetio, otro siervo muy leal, su verdadera identidad. Estos se pusieron del lado de su señor y le dijeron que le ayudarían a vengarse de aquellos molestos pretendientes.

Llegado su turno, Antínoo propuso dejar la prueba para el día siguiente.

–Que traiga Melantio las mejores cabras y las sacrificaremos a los dioses.

En realidad no quería probar, no fuera a fracasar como los demás que habían intentado tensar el arco. Pero hete aquí que Ulises se alzó.

–Yo también quiero tirar.

–¡Oh, vil, forastero, exento de juicio! –Antínoo hablaba indignado–. Sin duda el vino te ha trastornado.

Entonces la discreta Penélope tomó la palabra.

–Antínoo ¿crees tal vez que este extranjero tiene la intención de hacerme su esposa? Estoy segura de que no es así.

–Pero ¿y si lo consiguiera? Aunque no te tomara por esposa, sería una vergüenza para nosotros –observó otro de los pretendientes.

–Vergüenza es devorar la hacienda de otro –contestó Penélope–. Dejadle probar.

Telémaco mandó callar a su madre.

–Vuelve a tus salas y atiende tus propias labores, la rueca y el telar.

Entristecida, Penélope marchó mientras el llanto se le escapaba. Eumeo tomó el arco y quiso llevárselo para evitar más disputas, pero los pretendientes empezaron a increparlo.

Asustado, el porquero dejó el arco en el suelo. Telémaco contuvo a los hombres y Eumeo entregó el arco a su padre. Luego acudió a llamar a Euriclea y le pidió que cerrara bien las puertas de las salas y no las abriera, oyese lo que oyese dentro.

Ulises entonces levantó el arco y lo tensó. Tomó la aguda flecha la fijó contra el codo del arco y disparó. No erró en ningún aro de las hachas.

Entonces se despojó de sus andrajos, saltó el gran lumbral con el arco y el carcaj lleno de flechas y las derramó ante sus pies.

—Ya terminó este inofensivo juego —dijo a los pretendientes—. Ahora veré si acierto a otro blanco que no ha alcanzado ningún hombre y Apolo me concede la gloria.

Luego apuntó contra los hombres y se vengó de sus afrentas.

PENÉLOPE RECONOCE A SU ESPOSO

Poco después, Euriclea subió gozosa la escalera con toda la rapidez que le permitieron sus muchos años.

–Penélope, criatura –gritaba la anciana–, tus anhelos ya se hallan satisfechos. Ya han acabado todos tus desvelos. Tu esposo Ulises ya está aquí, pues con su propia mano se ha deshecho de todos tus pretendientes.

Penélope no daba crédito a que semejante prodigio fuera posible. Todo le parecía una confusión de la anciana.

–Ay, mi fiel Euriclea. Sin duda desvarías.

–No, no te engaño, querida niña. De veras Ulises ha llegado. Es aquel extranjero del que hacían burla en la sala, aquel que iba vestido con andrajos y parecía un mendigo. Si no me crees, pregunta a tu hijo. Telémaco lo sabía ya y, si calló, es porque esperaba su venganza sobre aquellos soberbios.

Penélope se abrazó a la anciana y lloró entre sus brazos.

–Pero dime, mi fiel ama. ¿Cómo pudo él solo, estando tan envejecido, rendir a los hombres con su propia mano?

–No lo sé ni tampoco traté de saberlo. No dudes más. Alégrate, Penélope, pues ya se cumplen todos tus deseos.

Pero Penélope no se convencía.

Euriclea ya no sabía qué hacer para que Penélope la creyera de una vez.

–Mira niña que eres terca y porfiada. Él tiene una marca, bien lo sabes, que le abrió el jabalí con sus colmillos. Al lavarlo lo noté. Iba a descubrirlo, cuando me tapó la boca y me silenció. Sígueme y compruébalo por ti misma.

Penélope suspiró.

–No es fácil entender los designios de los dioses. Mas vayamos a ver semejante prodigio.

Mientras acudían al encuentro de Ulises, dudaba Penélope qué hacer, Con la duda en el corazón entró en la sala y se sentó frente a su esposo. Lo miraba una y otra vez y dudaba, pues a veces creía reconocerlo en tanto que otras la hacían dudar sus ropas.

–¡Madre! –la reprendió Telémaco–. ¿Cómo puedes comportarte de ese modo? ¿Por qué te apartas así de mi padre? ¿Acaso tienes el corazón de una piedra?

–Tu madre me ve sucio y andrajoso y por eso me desprecia – contestó Ulises– Pero, mientras ella se convence, cuidemos nosotros de llevar lo demás a buen fin. No me sobran amigos en Ítaca y acabo de castigar a los mejores mozos. Pronto se darán cuenta y los vengarán. Piensa en lo que te digo.

–Tú que eres famoso por tu ingenio y astucia, aconséjanos qué debemos hacer –replicó Telémaco.

Ulises lo pensó un momento.

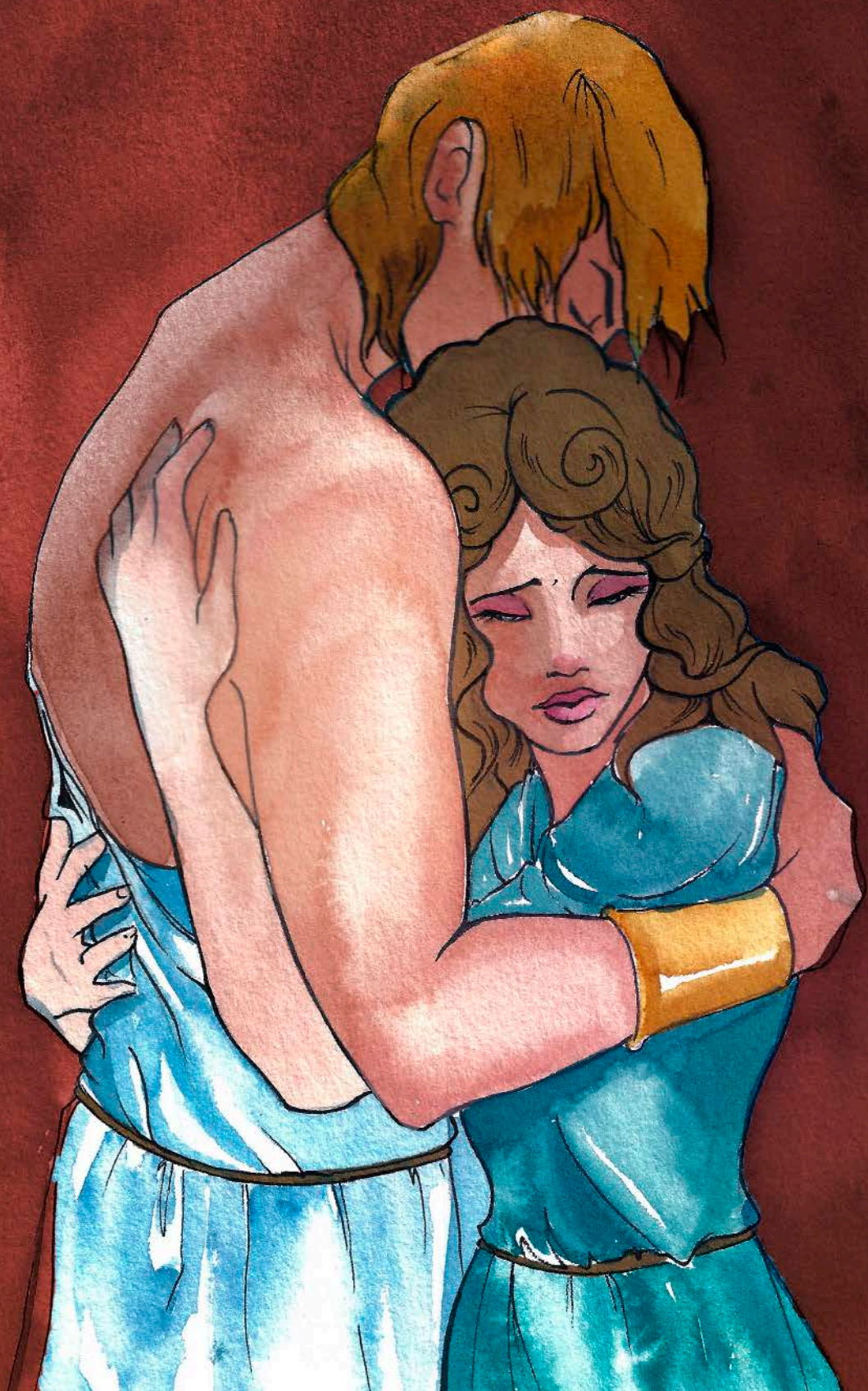
–Escúchame bien. Cámbiate de ropa tú y las siervas. Que venga un cantor con la lira y desde fuera lo escuchen. Pensarán que aquí se celebra una boda. Así ganaremos tiempos y nos pondremos a salvo en la finca, cerca de la densa arboleda.

Así se hizo y la gente que oía el baile y la música desde fuera pensaba que la reina se había casado. Algunos tachaban a Penélope de mezquina por no haber sabido esperar a su esposo.

Mientras, a Ulises lo bañó el ama y le ciñó una túnica y un manto brillantes. Por obra de Atenea lucía más alto y robusto de lo que era. Así vestido se enfrentó con su esposa de nuevo, pero ella seguía sin acercarse a él.

–No te entiendo, mujer. ¿Qué otra esposa renunciaría a abrazar a su esposo que ha llegado hasta su patria sufriendo incontables dolores? Prepara mi cama, Euriclea. Que en ella duerma aunque sea solo.

Penélope miró a Ulises y le habló con dulzura.



–¡Oh, ilustre varón! No hay en mi desprecio hacia tu persona, ni orgullo ni tampoco te veo tan distinto de cuando partiste hacia la guerra de Troya. Ve, Euriclea, y tiende en la alcoba el sólido lecho que él construyó. Haz la cama con pieles y mantos y colchas vistosas.

Ulises contestó con gran irritación.

–¡Oh, mujer! ¿Quién cambió mi lecho de lugar? Ningún hombre viviente lo hubiera podido remover jamás. Que yo mismo lo hice y no otro. Un olivo se alzaba en el patio floreciente, grueso como una columna. En torno a él, con piedras bien juntas levanté mi aposento. Luego corté las ramas del olivo, alisé y pulí el tronco y construí el lecho, que revestí de oro y plata. Luego até los costados con correas de cuero teñidas de rojo.

En eso Penélope se derrumbó y rompió en llanto y corrió al encuentro de su esposo con los brazos tendidos.

–¡No te enojas conmigo, Ulises! No te irrites contra mí por no darte una bienvenida más grata. Siempre temí que alguien pudiese engañarme con falsas razones. Pero ahora has dado señales de aquel lecho nuestro que nadie ha visto jamás, salvo tú, yo, y Áctor, la esclava que me regaló mi padre.

Ulises lloraba apretando a su leal y entrañable esposa contra su pecho.

Luego le contó las fatigas que había pasado. Nada se ahorró Ulises, y Penélope lo escuchaba con atención. Interrumpió su relato cuando los feacios lo llevaron de vuelta a su casa, pues poco a poco le fue invadiendo un sueño profundo.

Al amanecer, Ulises dejó el lecho y le dijo a su esposa estas palabras:

–Grandes penalidades hemos pasado, tú por un lado y yo por el otro. Ahora ocúpate de atender los bienes. Yo ya repondré lo que se han comido los pretendientes. Iré a la finca a ver a mi padre. Tú sube al piso de arriba en cuanto puedas y quédate allí, sin ver a nadie que venga de fuera. Pronto se sabrá de la venganza sobre tus pretendientes y habrá revuelo.

Ulises se vistió con armas brillantes. Despertó a Telémaco, al fiel porquerizo y al guardián de los bueyes y los mandó tomar sus armas de guerra. Luego salieron y se fueron a la finca para ver a Laertes.

ENCUENTRO CON LAERTES Y PACTO ENTRE ITAQUENSES

Ulises bajó del poblado a la finca de Laertes, cuidada y hermosa. Allí estaba su casa, rodeada de un porche donde solían sentarse a comer los sirvientes. Una vieja mujer siciliana cuidaba de Laertes en su retiro.

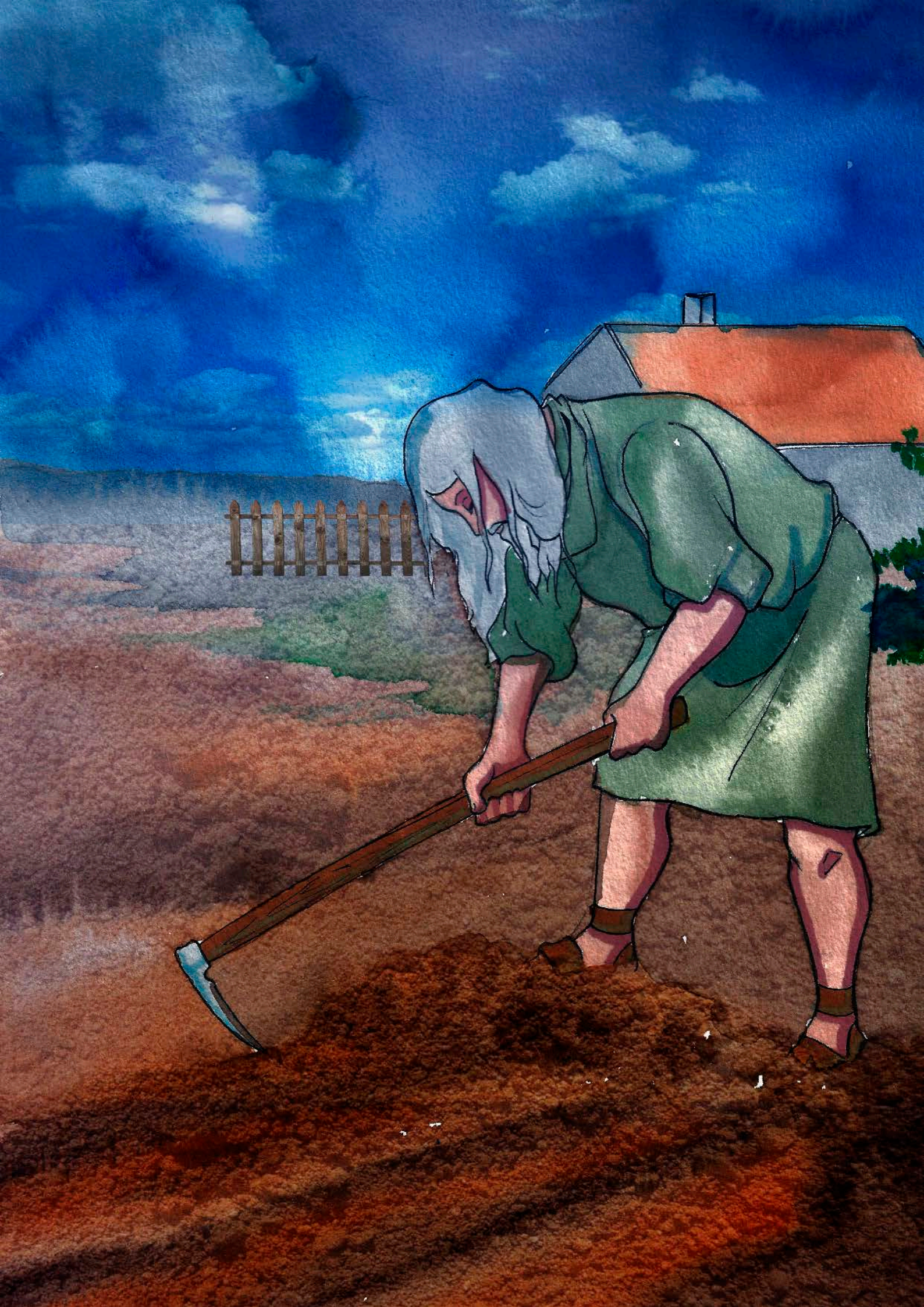
Al llegar a la finca ordenó Ulises a Telémaco y a los siervos que le acompañaban que mataran un cerdo para almorzar. Luego le entregó sus armas de guerra y fue a la viña en busca de su padre. No encontró a Dolio ni a sus hijos, los hombres que cuidaban la viña. Laertes, en cambio, sí estaba. El anciano lucía sucio y descuidado, vestido con zurcidos. El dolor le arrebató a Ulises el alma, tanto que no pudo reprimir el llanto. Le acuciaba el deseo de abrazarse al anciano, pero decidió tantearlo primero y ponerlo a prueba.

El viejo cavaba la tierra en torno a la vid, lo que le dio una idea para iniciar el acercamiento.

—No ignoras cómo se cuida la vid. Veo que conoces bien la labranza y que nada está descuidado en tu huerto. No te irrites pero veo que, al contrario que las tierras, tú estás muy mal cuidado. No es propio de ti, pues pareces un rey. A un hombre como tú le conviene descansar. ¿A quién sirves? ¿De quién es este huerto? Dime si he llegado a tierras de Ítaca. Así me lo dijeron. Tengo interés en saberlo, porque hace un tiempo alojé en mi casa a un hombre que de allí venía y del que no supieron decirme si estaba vivo o muerto. Se enorgullecía de su pueblo y dijo que era hijo de Laertes.

—Cierto es que has llegado a esta tierra. Pero háblame. ¿Quién eres? ¿De qué pueblo procedes? ¿Cuántos años hace que albergaste a ese hombre? Es mi hijo. Murió lejos de su hogar sin que pudiéramos honrar su cuerpo ni su madre ni su esposa, la discreta Penélope, ni yo.

Ulises improvisó una historia y dijo que era de Alibante y que su nombre era Epírito. Añadió que era nieto de un rey y que hacía ya cinco años que había acogido a Ulises, a quien había



agasajado con ricos regalos y que ahora esperaba que Ulises hiciera lo propio con él.

Una nube de pena cayó sobre el anciano. Con sus manos cogió dos puñados de tierra y los vertió sobre su cabeza en señal de duelo.

Ulises no pudo contenerse por más tiempo. No necesitaba más pruebas de fidelidad. Abrazó al anciano entre lágrimas.

–Padre mío, soy tu hijo, aquel que buscas. Tras una veintena de años he regresado a mi pueblo. No llores más. Ya todos los males acabaron. Ya castigué a esos odiosos pretendientes que mermaban nuestra hacienda.

–Si de veras eres Ulises –contestó Laertes–. Dame una prueba de ello.

Ulises le enseñó la cicatriz con la mordedura del jabalí que recibió en su juventud y le habló de cómo se la había hecho.

El anciano tendió sus flacos brazos hacia su hijo, casi desmayado.

–Tu venganza traerá nuevas desgracias. Temo de nuevo por ti.

–Nada temáis. Vamos a almorzar ahora.

Antes del almuerzo, la sierva siciliana bañó a Laertes y le ciñó una túnica. Su aspecto era muy bueno.

En ese momento se presentó Dolio con sus hijos y todos se regocijaron de aquel encuentro.

Mientras ellos almorzaban, se extendió por la ciudad la noticia de la venganza sobre los pretendientes.

Con la pena en el pecho, se juntaron en la plaza. Algunos partieron en busca de Ulises para vengarse a su vez.

Desde la morada de los dioses vio Zeus lo que sucedía e increpó a Atenea, y le aconsejó que instalara la paz en el corazón de los hombres, de forma que Ulises siguiera reinando por siempre. Ya había sufrido bastante.

Mientras, Ulises, que no estaba tranquilo, se dirigió a los suyos.

– Que salga alguien a ver si ya están a la vista los hombres que nos buscan.

Un hijo de Dolio salió y dio la voz de alerta.

–¡Ya vienen!–gritó.

Todos se prepararon para el combate.

–¡Oh, Telémaco! – Ulises apretó el hombro de su hijo–. Vas a aprender a honrar tu padre y a tu estirpe.

–Tú has de verlo. –Telémaco invocó a Atenea, blandió su lanza y la disparó.

Ulises y su hijo se arrojaron como fieras sobre los hombres que venían a buscarles y habrían acabado con todos si no hubiera intervenido la diosa.

–¡Desiste de esta guerra penosa, Ulises! ¡Detente!

Así se lo pidió Atenea.

Al escucharla, Ulises se aquietó. La diosa tomó la forma de Mentor, hombre sabio, y puso finalmente paz entre ambos bandos.

FIN



Las Autoras:

Alicia García Herrera

Alicia García-Herrera es doctora en Derecho por la Universitat de València y máster en mediación y gestión de conflictos por ICAV-CEU. Durante varios años ha ejercido como profesora universitaria en las asignaturas de Derecho Romano y Mercantil.

Sus inicios en el mundo de la literatura se producen en 2012 con la obra "Rosa", seleccionada como finalista en el XIII Premio de Narrativa de la Dirección General de la Mujer. En 2015 publica su primer libro infantil "Cuentos para una tarde de lluvia", presentado en las Ferias del libro de Valencia y Madrid. En 2017 obtiene el segundo premio de narrativa relato histórico Museo L'iber con el relato "Los cuatro inmortales" y el Primer Premio de Narrativa de la Dirección General de la Mujer, con el relato "Calle Progreso".

Es colaboradora habitual de nuestra editorial donde ya ha publicado varios libros.

Paula Vidal Verdú

Licenciada en Filología Clásica por la Universidad de Valencia. Actualmente ejerce su labor docente en un Instituto de Educación Secundaria de la provincia de Valencia, impartiendo las asignaturas de Griego Clásico y Cultura Clásica.

Forma parte del grupo de traductores de Valencia Πέμπτη στις πέντε (Los jueves a las cinco), compuesto por profesionales en los ámbitos de la enseñanza en diversos niveles, la investigación, la traducción y las instituciones culturales. El primer trabajo de este grupo, una edición bilingüe de la poeta griega Kikí Dimulá, fue publicado el año 2013 en la editorial Point de Lunettes dentro de su colección Romiosyne.

Victoriana Prado Contreras

Licenciada en Filología Clásica por la Universidad de Valencia. Profesora de Griego y Cultura Clásica en el IES Ramon Llull. Formó parte del grupo de traducción Πέμπτη στις πέντε especializado en la traducción de obras de la literatura griega actual. Ha publicado la traducción de una selección de poemas de la poetisa griega Kikí Dimulá, titulado "La pasión de la lluvia". Actualmente trabaja sobre textos de Rea Galanaki.

La Editorial:

[WeebleBooks](http://weeblebooks.com)

En WeebleBooks creemos en una educación al alcance de todos sin excluir a nadie por cuestión económica. Una educación diferente, más divertida, más original y creativa, y más adaptada al siglo XXI. Para ello hemos creado este proyecto educativo, que está abierto a la colaboración de todos, para fomentar la educación ofreciéndola de una forma atractiva, moderna y sin barreras económicas o geográficas. Creamos y editamos libros educativos, divertidos, modernos, sencillos e imaginativos para el público infantil y juvenil de forma gratuita en versión digital.

info@weeblebooks.com

Visita nuestra página para descargar más libros gratuitos
weeblebooks.com:

Mi primer viaje al Sistema Solar
Descubriendo a Audrey Hepburn
La guerra de Troya
El descubrimiento de América
Amundsen, el explorador polar
Pequeñas historias de grandes civilizaciones
La Historia y sus historias
El reto
Descubriendo a Mozart
¡Espárragos en apuros!
El equilibrista Alarmista
Uh, el cromañón
El lápiz que deseaba escribir solo

Mitología básica para todas las edades
Descubriendo a Dalí
Cocina a conciencia
Descubriendo a Van Gogh
Apolo 11, objetivo la Luna
El Lazarillo de Tormes
El ratoncito y el canario
Mi primer libro de Historia
OVNI
La tortilla de patatas
De la Patagonia a Serón
Mi amiga Andalucía
El mago detective
Objetivo Polo Sur



<http://www.weeblebooks.com>

**Puedes descargar este libro gratuitamente
en [weeblebooks.com](http://www.weeblebooks.com) o en la App Weeblebooks**